La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 24 de agosto de 1891 — Núm. 504

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores de la Biblioteca Universal el tercer tomo de la HISTORIA DE LOS GRIEGOS
Los suscriptores que lo son desde 1.° de enero recibirán en vez de éste el VIAJE AL NILO



CATEDRAL DE LEÓN.—Estatua de NUESTRA SEÑORA LA BLANCA de la portada principal

SUMARIO

Texto.—*Las Catacumbas romanas. Doctrina y arte*, por Eduardo Toda.—*El collar de ámbar. Causa criminal*, por Luis Mariano de Larra.—*Nuestros grabados.*—*Vizcondesa* (continuación), por León Barracand, con ilustraciones de Emilio Bayard y grabado de Huyot.—Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados.—*Estatua de Nuestra Señora la Blanca* de la portada principal de la catedral de León.—*Monumento conmemorativo de la anexión del condado de Venaissin á Francia en* 1791, obra del escultor M. Charpentier.—*D. Gaspar Melchor de Jovellanos*, estatua en bronce recientemente inaugurada en Gijón, obra de D. Manuel Fuxá, fundida en los talleres de D. Federico Masriera y Compañía, de Barcelona.—*De mi pueblo*, escultura de D. Miguel Blay, premiada en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.—*Taller de tapices*, cuadro de D. José Miralles Darmanin, premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.—*Santa Isabel, reina de Hungría, curando á los leprosos*, cuadro de Murillo (existente en la Real Academia de San Fernando de Madrid).—*La muerte de la monja*, dibujo á la pluma de D. Antonio Fabrés.—*Nuestra Señora del Foro y oferta de Regla*, uno de los muchos y valiosos detalles en relieve del claustro de la catedral de León.

LAS CATACUMBAS ROMANAS

DOCTRINA Y ARTE

Los que vayáis á Roma movidos por fervoroso sentimiento cristiano, y deseéis fortalecer la fe entibiada en los azares de la moderna vida ó quizás perdida en las luchas actuales entre la razón y el dogma, prescindid un momento de la grandeza que os rodea, de los monumentos que os maravillan, de los recuerdos históricos que á cada paso asaltan vuestra mente, é id á evocar la paz de la religión en las lóbregas criptas donde reposaron las cenizas de los primeros mártires.

Felices si en aquellos lugares se reaniman vuestras creencias; no seáis allí artistas ni arqueólogos ni siquiera viajeros: entrad en las obscuras galerías sólo con el pensamiento en Dios, y quizás caeréis de rodillas sobre la arena bendecida por tantos creyentes y las olvidadas preces de la niñez volverán á vuestros labios. Porque para orar con el aislamiento y la calma que requiere la plegaria, en Roma sólo existe un lugar, las Catacumbas.

Son importantes las que existen en la Ciudad Eterna, descubiertas y excavadas unas, en ruina y sin guarda otras, cerradas las más por falta de medios para conservarlas. Las descubiertas actualmente forman un conjunto de cuarenta y dos cementerios. Clasificándolas por su situación, pueden señalarse como principales las de San Calixto, Pretextat y San Sebastián en la vía Apia; de Domicila, Santa Petronila, San Nereo, San Aquileo y San Dámaso en la vía Ardeatina; San Ponciano, Lucinia y Calépodo en la vía Aurelia; Ciriaco, San Hipólito y San Lorenzo en la vía Tiburtina; San Pedro y San Marcelino en la vía Labicana; San Gordiano en la vía Latina, y San Pablo, Timoteo, Santa Inés y San Nicomedes. Visítanse de preferencia las que se encuentran fuera de murallas, en buen estado de conservación, es decir, las de San Calixto, Santa Priscila, San Pretextat, San Ponciano, San Alejandro y algunas otras.

Esas Catacumbas son largas y estrechas galerías excavadas bajo el suelo á diferentes profundidades, sobrepuestas unas á otras, y trazadas en una extensión de terreno considerable. Las de San Calixto, por ejemplo, casi llegan á tener dos millones y medio de metros cuadrados. En los muros de las galerías hay nichos dispuestos para recibir á los cadáveres, y de distancia en distancia hállanse salas ó plazoletas que también contienen tumbas y que en rigor sólo pueden tomarse como cámaras sepulcrales.

Los monumentos encontrados en esos lugares nos permiten precisar con toda exactitud la fecha de su construcción, que va desde el siglo I hasta el V de la era cristiana, y nos dan á conocer el objeto á que fueron destinados, ó sea á cementerios. Hasta hace poco tiempo habíase creído que eran canteras ó minas de *puzolana*, tierra arenisca que se utilizó mucho en las construcciones romanas; pero el estudio detenido de las Catacumbas ha demostrado no existir tal tierra en el suelo que ocupan. Supúsose también que en los primeros siglos de la Iglesia los creyentes en la nueva fe vivieron en su recinto: no es tampoco exacta tal afirmación, pues ningún descubrimiento induce á creer que seres humanos pudiesen habitar largo tiempo en lugares húmedos, malsanos, privados de aire y de luz y muchas veces interrumpida su comunicación con el exterior. Quizás en los momentos de furor de las grandes persecuciones religiosas algunos cristianos utilizaran como momentáneo refugio la olvidada galería de alguna cripta; pero no puede aceptarse que masas de creyentes, que familias enteras fuesen á albergarse en lugares conocidos de los Césares y sin posible retirada. Las mismas entradas de las Catacumbas, aparentes á la vista y nunca ocultas, prueban que al construirlas no se pensó en disimular su existencia ó hacerlas lugar de reparo: díjose desde luego que servirían para necrópolis, y tal destino tuvieron y en tal concepto fueron respetadas por aquellos emperadores paganos que en alguna ocasión pudieron firmar decretos de exterminio contra los vivos, pero que jamás se ensañaron con los muertos, ni para violar sus cuerpos ni para insultar su memoria.

Sin embargo, ese respeto que los antiguos, desde los egipcios hasta los romanos, tuvieron por las sepulturas, desaparece en los tristes días de las invasiones del Norte, cuando lombardos y godos entran á saco la capital del mundo y no olvidan de robar las Catacumbas. Bajaron á ellas, ¡quién lo diría!, para pillar los huesos que luego vendían como reliquias. Y téngase en cuenta que no eran sólo mártires los enterrados en las galerías: todos los cristianos cavaban en ellas su sepulcro, tenían allí sus panteones de familia; pero todos fueron mezclados y revueltos en las tinieblas de su última morada, para luego sacarlos al mercado y de allí hacerlos venerar en los templos como restos de vírgenes y santos.

Y es curioso hallar este criterio de los bárbaros aceptado por la Iglesia, cuando desde Bonifacio IV, en el siglo VII, hasta el último siglo, los papas han explotado las Catacumbas como minas de reliquias. Así en 609 se llevaron nada menos que veintiocho carros cargados de huesos á los altares del Panteón, entonces consagrado al culto católico. En 817 se exhumaron dos mil trescientos cadáveres para enterrarlos en la iglesia de Santa Práxedes. A este paso pronto se agotaron aquellos subterráneos, en términos que el hallazgo de un cadáver constituye ahora un verdadero descubrimiento.

Y tras los esqueletos se llevaron las piedras. La piedad de los primeros cristianos había sellado las puertas de los sepulcros con lápidas de mármol, conteniendo epitafios redactados en griego ó en latín. Unas veces consistían éstos en pomposos elogios de las virtudes de los difuntos, otras en el solo nombre del ocupante de la tumba. Arrancáronse esas losas para destinarlas á cualquier objeto; con ellas se decoraron los pórticos de la iglesia de Santa María in Trastevere. Por fortuna recientemente se recogieron numerosos fragmentos por el ámbito de Roma esparcidos, formando con ellos tres salas del Museo de San Juan de Letrán y una parte de galería en el Vaticano.

También fué robado de las Catacumbas romanas el ajuar funerario de los difuntos. A la aparición del cristianismo luchaban en el mundo dos doctrinas acerca el fin de la vida y el destino del cuerpo humano. La idea del alma había sufrido inevitable serie de metamorfosis, por las cuales quedaba determinada su condición á la hora suprema de la muerte. Si en la tierra fué buena, oró mucho, practicó todos los deberes religiosos, pagó á Dios su tributo moral y á los sacerdotes sus derechos fiscales y al templo sus primicias, santificada por su vida subía al cielo á recibir el premio de sus afanes y sentarse entre los justos á los pies del trono del Señor. Pero si en su existencia terrena olvidó el alma sus deberes, si fué mala y no rezó, ni jamás elevó la vista al cielo, ni pisó los umbrales de los templos, ni hizo ricas ofrendas á sus ministros, ni con sus donaciones alimentó el fuego del ara, entonces eterna cadena de tormentos iba á ligarla por toda la eternidad en las profundas cuevas del averno.

Mas el cuerpo, este frágil marco de nuestra vida, este receptáculo de todos los dolores y de todas las enfermedades, expuesto á sufrir por el frío y el calor, y como la arcilla de que está hecho á descomponerse en polvo cuando deja de alentarlo el soplo del alma, ¿dónde iba á parar en el día supremo de la muerte? ¿Debía ser su destrucción completa? ¿Era natural, era humano verlo desaparecer en lúgubre festín de asquerosos gusanos? Las creencias estaban casi tan divididas como los pueblos. Allá en las serenas márgenes del Nilo, bajo aquel cielo purísimo de Egipto jamás empañado por una nube, vivía una raza que llevó á la realidad de la práctica la idea de la eterna conservación del cuerpo como necesario complemento de la inmortal existencia del alma, y por seguro y costoso procedimiento momificó á los cadáveres y los bajó al antro de los sepulcros, donde misteriosas ceremonias sacerdotales debían devolverles la vida por los siglos de los siglos. Esta concepción material de la existencia en el cielo estaba tan arraigada en la mente de los egipcios, que no les permitía abandonar sus muertos sin proveerles de cuantos útiles, objetos y alimento son necesarios en la tierra, y así depositaban en sus tumbas panes, vino, frutas, carnes, muebles, vestidos, hasta novelas escritas en páginas de piedra y juegos de recreo.

A su vez los pueblos de Grecia y Roma desligaron enteramente el alma del cuerpo el día en que ésta era llamada á los juicios de Dios. Lloraron á sus muertos en la eterna separación de la tierra, y mientras creyeron que únicamente al espíritu le era dado atravesar las aéreas regiones del infinito azul que conduce al cielo, sólo tomaron el cuerpo como piadosa reliquia de una existencia pasada, y lo entregaron al fuego para guardar sus restos en las urnas cinerarias. Tan sólo, quizás como reminiscencia materialista injertada en esta pura doctrina espiritual, aceptan los paganos la necesidad de dar algún dinero al muerto, pues creen que Caronte no pasa las almas por la laguna Estigia si no es pagado en buena moneda de cuño del emperador.

Los cristianos encontraron vivas estas dos tradiciones, entre las cuales les fué fácil adoptar el justo medio de entregar sus muertos á la tierra, y más considerando que tal sistema era practicado por el pueblo judío, cuyas leyes y doctrina copiaban. Volver al polvo lo que del polvo ha salido, bella máxima del Evangelio, que sin embargo no fué aceptada en los primeros siglos de la Iglesia, pues sus creyentes se aferran al dogma de la resurrección de la carne para consolarse de la muerte con la idea de que llegará para los cuerpos un día en que volverán á unirse sus moléculas, juntarse sus miembros, arder sus venas y latir su pecho, día del triunfo de la materia porque le será permitido subir al cielo y acercarse á Dios. Merced á tan viva creencia, no se dejó á los muertos en el sepulcro con el solo bagaje de su convoy funerario, es decir, con su mortaja y su féretro: depositáronse á su lado, como en Egipto, los útiles que usaran los difuntos en vida, ofrendas para alimentarse luego, lámparas con que alumbrar el fúnebre recinto á la hora de la resurrección. Si las Catacumbas de Roma no hubiesen sido tan devastadas, se recogerían en ellas innumerables objetos de uso diario entre los primeros cristianos, igualmente que se encuentran en las necrópolis de Akmín y Deiz el Medineh los que sirvieron á los súbditos de los Ptolomeos y Faraones.

Estas ideas, llevadas de tal manera á la realidad de la práctica, hallaron su sanción en la doctrina de los primeros pensadores y filósofos del cristianismo. Mejor que nadie, Tertuliano puso de relieve la importancia del cuerpo humano, la inmortalidad de la carne, que como hecha por Dios á su imagen y semejanza no podía creerse igual al vil barro de la tierra. Sus palabras, escritas en los tratados sobre Cristo y la resurrección, lo dicen claramente, y el texto es harto curioso para que deje de reproducirlo. Es como sigue:

«Hagamos el hombre á nuestra imagen y semejanza, dijo el Padre al Hijo, y Dios hizo el hombre á imagen de Dios, es decir, de Cristo. Así, este limo que recibía desde entonces la imagen del Cristo futuro era no sólo la imagen de Dios, sino su garantía. Unicamente es tierra, me dices. Pero el oro también es tierra, porque viene de ella, y sin embargo es oro. Además Dios ha unido el alma á la carne de manera tan íntima, que se ignora si la carne lleva al alma ó el alma lleva á la carne.»

Nosotros hemos perdido esta fe en el porvenir de la materia, que animó á generaciones obscurecidas por el polvo de los siglos. Cada día aumenta nuestro terror hacia la muerte, y cada día se arraigan más las fatales creencias en el verdadero significado de ésta, la nada. El atomismo ha venido á explicarnos cómo se descomponen las moléculas humanas y vuelven los gases al aire, la arcilla al suelo y el mineral al fondo de la tierra, cómo otros seres orgánicos se asimilan nuestros miasmas, cómo en fin venimos á ser un elemento substancial del planeta que tanto nos deleita. Mas contra esa fría ciencia la razón se rebela y por ella el espíritu se acobarda: tales transformaciones no nos satisfacen, y sintiéndonos impotentes para combatirlas, preferimos olvidar la muerte. El sistema es cómodo, y hasta en su justificación hemos inventado la higiene municipal. Ahora, lejanos los cementerios, revueltos los cadáveres en las fosas ó apilados en las criptas, sin otro ajuar que frágil caja de pino, ¿por qué habrían de perturbar nuestra mente las sombras de la eternidad y el destino de la materia? Mas si un milagro de Dios hace mejores á los hombres de futuras generaciones, ¡qué tristísimo espectáculo contemplarán el día que excaven uno de nuestros cementerios!

***

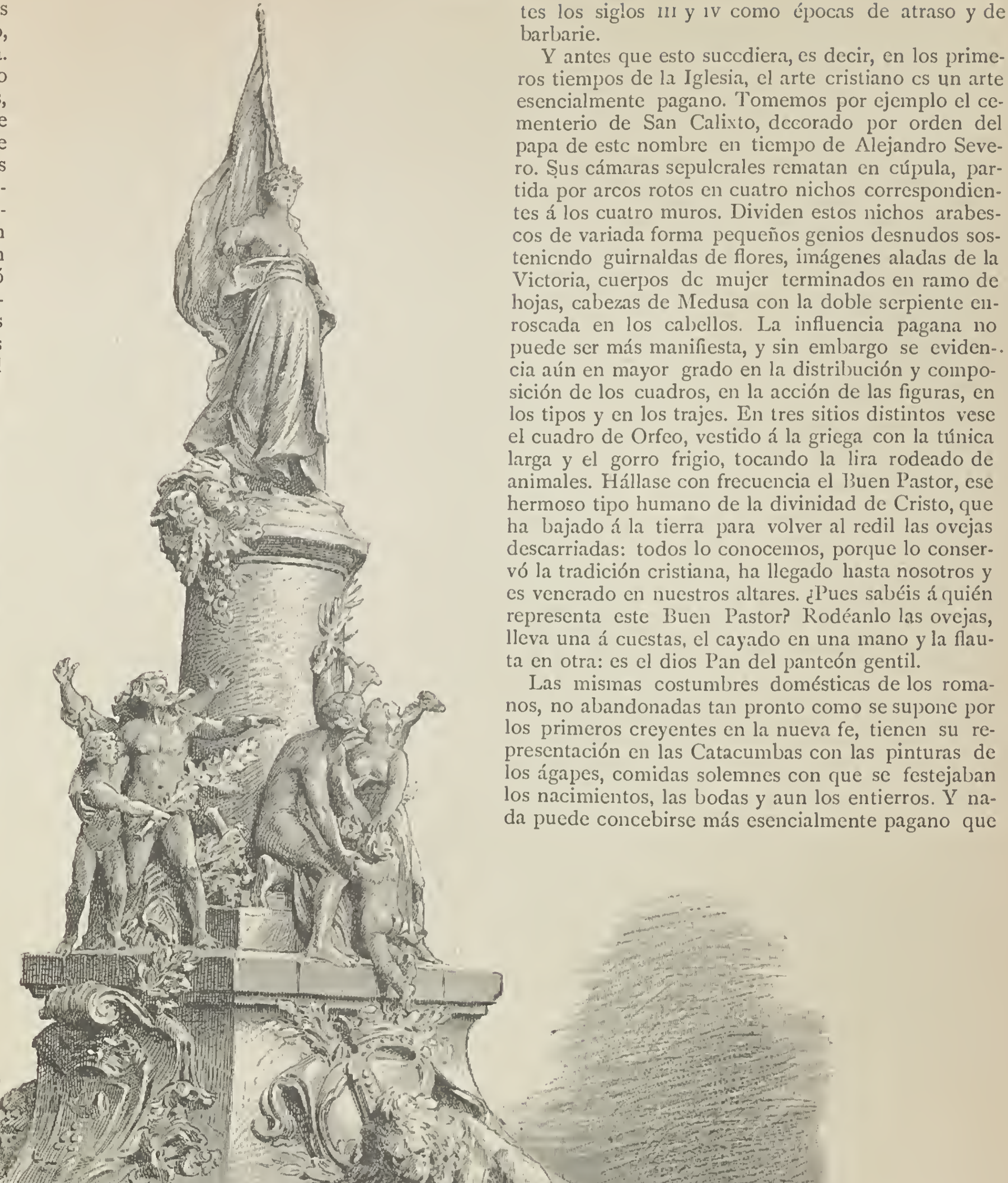
Sería inútil descender á las Catacumbas romanas en busca de algún nuevo ideal del arte, de una fase

distinta en el desarrollo de las facultades humanas que se aplican al cultivo de lo bello. El cristianismo, en los primeros siglos de su existencia, no creó nada. Por lo tanto, esas necrópolis carecen hasta del alto interés histórico que tienen las de Memphis y Tebas, cada uno de cuyos sepulcros nos da la genealogía de una familia, las costumbres de una época y la serie de objetos usados para satisfacción de las ordinarias necesidades de la vida. Entre ambos pueblos, la distancia es aún mayor desde el punto de vista de la ejecución del arte, pues nada, absolutamente nada, en la primitiva Roma cristiana puede compararse con los soberbios relieves del sepulcro de Ptah Hotep ó con las admirables pinturas del hipogeo de Son Notém. Sin embargo, siempre tendrán las Catacumbas cierto valor histórico y apologético, por servirnos para estudiar la importante mutación que la sociedad romana sufre en los siglos que preceden la caída del imperio.

Los cristianos sienten también esa suprema necesidad moral de todos los pueblos, que les exige el embellecimiento de nuestra última morada, y decoran las Catacumbas con pinturas y esculturas. Verdad es que las estrechas galerías de los subterráneos se prestaban poco á recibir otros adornos que el sencillo fresco pintado sobre la cal ó el estuco del muro; pero ya he dicho antes que espaciadas á distancia había varias cámaras sepulcrales, en cuyo recinto pudo mejor extender su inventiva, si no el genio del artista, el trabajo del decorador. Por lo que á las pinturas se refiere, su ejecución es grosera é imperfecta, aunque debe notarse que las más antiguas, es decir, las hechas en tiempo de los Flavios y de los Antoninos, son más correctas y están mejor dibujadas. La decadencia que en el foro y en la plaza se había apoderado del pueblo romano invadió también las criptas de los cementerios, señalando en todas partes los siglos III y IV como épocas de atraso y de barbarie.

Y antes que esto sucediera, es decir, en los primeros tiempos de la Iglesia, el arte cristiano es un arte esencialmente pagano. Tomemos por ejemplo el cementerio de San Calixto, decorado por orden del papa de este nombre en tiempo de Alejandro Severo. Sus cámaras sepulcrales rematan en cúpula, partida por arcos rotos en cuatro nichos correspondientes á los cuatro muros. Dividen estos nichos arabescos de variada forma pequeños genios desnudos sosteniendo guirnaldas de flores, imágenes aladas de la Victoria, cuerpos de mujer terminados en ramo de hojas, cabezas de Medusa con la doble serpiente enroscada en los cabellos. La influencia pagana no puede ser más manifiesta, y sin embargo se evidencia aún en mayor grado en la distribución y composición de los cuadros, en la acción de las figuras, en los tipos y en los trajes. En tres sitios distintos vese el cuadro de Orfeo, vestido á la griega con la túnica larga y el gorro frigio, tocando la lira rodeado de animales. Hállase con frecuencia el Buen Pastor, ese hermoso tipo humano de la divinidad de Cristo, que ha bajado á la tierra para volver al redil las ovejas descarriadas: todos lo conocemos, porque lo conservó la tradición cristiana, ha llegado hasta nosotros y es venerado en nuestros altares. ¿Pues sabéis á quién representa este Buen Pastor? Rodéanlo las ovejas, lleva una á cuestas, el cayado en una mano y la flauta en otra: es el dios Pan del panteón gentil.

Las mismas costumbres domésticas de los romanos, no abandonadas tan pronto como se supone por los primeros creyentes en la nueva fe, tienen su representación en las Catacumbas con las pinturas de los ágapes, comidas solemnes con que se festejaban los nacimientos, las bodas y aun los entierros. Y nada puede concebirse más esencialmente pagano que



Monumento elevado en Avignón, conmemorativo de la anexión del condado de Venaissin á Francia en 1791, obra del escultor M. Charpentier

los banquetes funerarios; brindaron ya con ellos á sus acompañantes las momias egipcias que fueron sepultadas hacía cinco mil años en los arenales de la necrópolis memphista.

Los símbolos tienen también gran importancia en el nacimiento del arte cristiano. Reprodúcense los barcos, faros, liras, áncoras, corderos, ciervos, pavos reales, aves fénix, caballos y serpientes, dándoles igual significación que antes tenían. La imagen del pez se convirtió en símbolo monográfico del Salvador, en razón de las letras que forman la palabra griega ἰχθὺς, pescado, por ser las iniciales Ἰησοῦς Χριστὸς Θεοῦ Υἱὸς Σωτήρ Jesu Cristo, hijo de Dios, Salvador. El fénix fué representado en los sarcófagos como símbolo de la resurrección, pues Santa Cecilia hizo grabar uno en el sepulcro de San Máximo. La palma y la corona, que simbolizaban entre los romanos la gloria y el honor, fueron tomadas por los cristianos como señal del martirio, acompañándolas con una línea de sangre. Finalmente los artistas de las Catacumbas solían grabar figuras que significaban las profesiones ó los nombres mismos de las personas enterradas. En la piedra sepulcral de un cristiano llamado Dracontio se ve la imagen de un dragón; en la de Onager, un asno; en la de la Marítima, una áncora y varios pescados; en la de Porcella, un cerdo. Abundan también los símbolos de los oficios, como martillos, hachas, puntas de lanza, tenazas, niveles y azadones.

Claro está que en medio de esta invasión pagana han de sobresalir de vez en cuando las ideas recibidas ó creadas por la nueva fe: así encontramos con frecuencia en las Catacumbras cuadros representando escenas de los dos Testamentos, y en particular de la Vieja Ley, como Adán y Eva, el diluvio, el sacrificio de Abraham, Moisés haciendo brotar agua de la roca en el desierto, la entrega de las Tablas de la ley, David con su honda, Daniel en la cueva de los leodes, Elías subiendo al cielo, Jacob en el sueño de la escalera, Tobías con el pescado y la historia de Jonás y la ballena. El Nuevo Testamento está representado por escenas de la vida de Jesús, hallándose en brazos de la Virgen, ó en su bautismo, ó en medio de sus discípulos, ó haciendo milagros. Mas fijaos en estos cuadros, especialmente en los de la primera época de las Catacumbas: su composición en nada altera el antiguo canon del arte; las figuras sin nimbo en la cabeza, sin atributos celestes, pueden lo mismo ser ciudadanos de Roma que santos ó profetas ó elegidos del Señor.

Lo mismo ocurre con las esculturas, de las que he de decir dos palabras. En muchos pueblos de la antigüedad dióse con frecuencia el caso de robarse las sepulturas con objeto de utilizar los féretros. Estos solían ser de piedra ó madera tallada; y si costaban caros cuando eran nuevos, hallábanse á mejor precio si procedían de alguna tumba violada y habían ya servido. Los primeros cristianos no desdeñaron este procedimiento, y aun puedo añadir que en el fondo lo practicaron hasta cierto punto aquellos devotos creyentes de la Edad media que han llenado los claustros de las abadías y los muros de las iglesias de sarcófagos antiguos donde hicieron depositar sus cadáveres. A las Catacumbas bajaron muchos féretros romanos; y allí los hemos encontrado, tales como se fabricaron unas veces, y otras habiéndoseles añadido el nombre del último ocupante. Además hubo muchos cristianos que se construyeron sus propios sarcófagos, adornándolos con atributos de la nueva religión; pero la influencia antigua pesa también sobre ellos y viene á probar una vez más cómo el genio del paganismo estaba injertado en la sangre de aquellas gentes. En una piedra sepulcral del cementerio de Santa Elena, un escultor cristiano, Eutropos, está representado esculpiendo un sepulcro que adorna con monstruos y delfines.

Era natural que esto sucediera; porque después de todo, ¿quiénes fueron los artistas que decoraron las Catacumbas y las llenaron con sus obras? O cristianos de la víspera, educados en las ideas gentiles de sus maestros, ó quizás paganos mismos. Unos y otros bajaban á las criptas á pintar ó labrar en sus muros obras religiosas, y luego salían á la calle y entraban en su taller para hacer esos ídolos de la decadencia que nos son tan familiares por lo abundantes y ésas figuras obscenas hoy guardadas bajo llave en todos los museos. Que tal sucedía, pruébalo el santo furor que poseía á Tertuliano cuando declamaba contra los artistas, diciendo que «eran indignos de pintar el cuerpo del Señor las manos que hicieron cuerpos para los demonios.»

Ya vendrá más tarde el arte cristiano con sus creaciones nuevas, con los vívidos destellos de la luz que iluminará el mundo. Pero antes le será preciso á la humanidad liquidar sus cuentas con la sociedad antigua, destruir los organismos políticos del Imperio y aguantar las avalanchas invasoras de bárbaros del Norte y de Oriente, que tomarán los campos de Italia como teatro de sus hazañas y las ciudades para botín de sus ejércitos. Pasarán cuatro ó cinco siglos antes de realizarse la gran transformación; mas al hacerse, su corriente envolverá á las mismas primitivas ideas cristianas, sujetas como todo lo humano á esa eterna ley de cambio que perdura en nuestra naturaleza. Entonces se olvidarán las Catacumbas y se elevarán las Basílicas, porque la nueva fe no podrá vivir encerrada en las lóbregas galerías de los subterráneos romanos: desaparecerá la antigua sencillez de la doctrina y del culto enaltecido por sus ritos, sus conmemoraciones, sus creyentes, sus apóstoles y sus mártires, y vendrán leyes canónicas decretadas por los poderes del Estado á crear otra religión oficial que tendrá príncipes, magnates, vasallos y rebeldes. Sólo entonces habrá muerto el paganismo, sin esperanza de resurrección.

Grandes recuerdos pueden evocarse en las Catacumbas romanas, ejemplo histórico de la fe con que los pueblos antiguos creían en la inmortalidad. Al examinar las pinturas de los muros, prescindid de si el arte es ortodoxo, no critiquéis la ejecución, ved tan sólo la idea que palpita y vive entre las groseras líneas del dibujo. Aquellos antros de la muerte están adornados como si servir debieran al aumento de los goces de la vida: sus cuadros encierran asuntos alegóricos para alegrar el alma: por todas partes vistosas flores y maduros frutos y gallardas palmas entretejen coronas y guirnaldas. El dolor no entró allí, la penitencia no existe, el martirio no se representa. Harto sufrieron en la tierra aquellos creyentes, para renovar después su expiación en el sepulcro. Para ellos, las ideas lúgubres acabaron al salir de esta vida; todo es dicha y alegría al pisar los umbrales de la muerte, que conduce el cuerpo á la resurrección en la plenitud de su fuerza y eleva el alma al Cielo entre los elegidos del Señor.

Eduardo Toda

EL COLLAR DE ÁMBAR

CAUSA CRIMINAL

... Cuando terminé mis estudios de segunda enseñanza, alcanzando notas de sobresaliente en todas las asignaturas, la situación de mi familia había variado por completo. Mis padres habían muerto, dos de mis hermanos servían en el ejército por haberles tocado la suerte de soldados, otros dos buscaban fortuna en América en una casa de comercio, mi hermana casada vivía en Badajoz y mi hermano pequeño acababa de abrir una librería en Valladolid. Me encontraba absolutamente solo, teniendo por todo capital mis veinte años, acabados de cumplir, mi título de bachiller en filosofía, como se decía entonces, mi carácter dulce y tímido, mi alta y desgarbada estatura y unos doce mil reales escasos de capital á que había ascendido mi legítima en la herencia de mis padres. No por eso me creía desgraciado; nunca me han asustado las privaciones, y siendo escasas mis necesidades nada me costaba llevar una vida económica y metódica. Me admitieron de pasante en un colegio de primera enseñanza; daba algunas lecciones particulares fuera de él, y continuando mis estudios clásicos, pues mi ambición era llegar á ser catedrático de la Universidad, puedo confesar que mi existencia era bastante agradable.

Por aquella época fuí héroe de una aventura que hizo mucho ruido y que en vez de perjudicarme, como era de temer, me fué sumamente útil.

Estábamos en el año 1840, y las corrientes liberales acababan de librar en las calles de Madrid una de sus batallas, conquistando el poder en la vía pública, según costumbre. Una de las primeras medidas del gobierno fué alejar de Madrid, repartiéndolos por los cantones, á los regimientos de la guardia real, herederos de aquellos célebres y derrotados guardias de Corps del famoso 7 de julio.

Llegó á Alcalá un batallón, y desde los primeros días debo decir que la conducta agresiva de los oficiales produjo entre ellos y los estudiantes disputas y reyertas desagradables. La policía se mezclaba en todo, y las palabras más inofensivas eran tomadas por provocaciones que daban por resultado peleas y desafíos, ventilados en las afueras de la ciudad complutense. Las autoridades cerraban los ojos, porque, en efecto, ¿qué podían ellas contra los oficiales, pertenecientes en su mayor parte á las primeras familias de España? La irritación era extrema entre paisanos y militares; insensiblemente la ciudad se dividió en dos bandos y el alcalde se veía apuradísimo para calmar los ánimos.

Yo permanecía naturalmente extraño á tan deplorables disputas; mi carácter dulce y hasta apocado me apartaba de toda política militante y me hacía vivir encerrado en mi trabajo, ocupándome mucho más de *Silius Italicus* y de *Paterculus* que de los discursos liberales ó retrógrados que en aquella, como en todas las épocas, apasionaban al país. Una inexplicable fatalidad que parece pesar sobre mi vida me hizo desempeñar un papel tan importante como inesperado en aquellos acontecimientos.

Estaba yo una noche en el café de la plaza, donde acostumbrábamos á reunirnos los estudiantes, sentado en un taburete, y confieso que sin mala intención mis piernas larguiruchas ocupaban parte del espacio que quedaba entre las mesas para la libre circulación de los transeuntes. En aquel momento entró un oficial con el chacó sobre la oreja, la mirada provocativa y los bigotes puntiagudos; yo le miraba, embebecido con sus movimientos marciales, cuando al pasar á mi lado tropezó en mis piernas y cayó al suelo como una rana. ¡Dios del cielo! Fué de ver, ó mejor dicho, de oir el alboroto que produjo su caída. *Cara*, decían unos; *Cruz*, añadían otros; *Apaga la luz, que el señorito ya se ha acostado*, exclamó un chusco estudiante de medicina: aquello fué un concierto discordante de dicharachos y ocurrencias.

El oficial se levantó rojo de cólera, y cuando yo, de pie, me acerqué á él para darle mi disculpa, levantó su poderosa diestra y me cruzó la cara de un bofetón mayúsculo. A pesar del tambaleo que me produjo tan brutal acometida, le indiqué que hacía mal en responder con un acto deliberado de bestialidad á mi torpeza involuntaria. Me replicó que yo lo había hecho ex profeso; que se alegraba de haber castigado á un pillete liberal, y que si no me bastaba la lección recibida, estaba dispuesto á cortarme las orejas, para lo cual me entregaba su tarjeta, y me la tiró en efecto á la cara, saliendo del café como un huracán. Confieso que me conceptué humillado al verme abofeteado en público, y con más razón cuanto que todos me rodearon gritándome: «¡Es preciso que te batas!» «¡Nosotros seremos tus padrinos!» «¡No puedes sufrir sin venganza una afrenta parecida!» Tantos gritos me aturdieron, y salí del café sin saber á qué santo encomendarme.

Entré en mi casa perplejo y pasé muy mala noche, presa de mis pesadillas disparatadas. Me levanté muy decidido á no batirme. ¡Ya lo creo! Yo no había jamás manejado un arma, por tener siempre una instintiva repulsión para todos esos útiles homicidas; la sangre vertida me espantaba; detestaba la guerra, y hubiera escrito de buena gana en las paredes de mi habitación aquella sentencia que un memorialista de Zaragoza escribió en su puesto: *Una pluma de ganso vale más que cien espadas.* Apenas había amanecido, y me dispuse á ir á ver al alcalde y al rector de la Universidad y al juez de primera instancia y á todas las posibles autoridades civiles para quejarme del poder militar, cuando una turba de los compañeros que habían presenciado la escena anterior entraron en mi alcoba.

– *Vamos, ¿estás ya listo?*, me dijeron.

– ¿Listo para qué?

– Para batirte. Tu adversario está ya dispuesto: las condiciones están arregladas; os batís á pistola á veinte pasos. Vamos, pronto; despáchate. En un desafío la exactitud es tan importante como el valor.

Yo quise protestar, pero no me escucharon y me sacaron de mi cuarto casi en volandas. Con el pretexto de que no debía uno batirse en ayunas, me hicieron beber una porción de copas de ron y de coñac, que me aturdieron, y marché al lugar de la cita con la persuasión de que me llevaban al suplicio.

Llegamos; me pusieron una pistola en la mano, explicándome cómo había de hacer uso de ella, cosa que yo no entendí porque estaba muerto de miedo. Desde aquel instante ya no me dí cuenta de nada. Sólo sé que al oir tres palmadas hice fuego, que oí un grito y que al abrir los ojos, porque los había cerrado al disparar, vi al pobre oficial tendido en el suelo, boca arriba y con un balazo en la frente que le había destrozado el cráneo.

Me eché á llorar como un niño, mientras mis amigos, á pesar de mis sollozos y de mis protestas, me llevaron en triunfo al café y me hicieron beber *á mi salud* copas y más copas hasta el punto de hacerme perder el conocimiento. Es la única vez en mi vida que me he emborrachado, y todavía la recuerdo con rubor. Dicho se está que fuí el héroe de Alcalá; que me hicieron y me cantaron coplas políticas, y que coincidiendo mi triunfo con la extinción de la guardia real, los liberales de la localidad consiguieron para mí del Gobierno la cátedra de primer año de latín, lo que había yo visto en lontananza en mis sueños más ambiciosos y lo que conseguí *por mi valor* y no hubiera jamás logrado por mi suficiencia.

¿Fuí yo feliz al ver logradas mis aspiraciones y al contar con un porvenir modesto, pero seguro? Ni por pienso; en medio de mi dicha sentí que en las profundidades de mi alma se agitaba un drama terrible que no me dejaba un instante de reposo. Acababa de hacer en mí mismo un descubrimiento psicológico extremadamente grave y seguía con ansiedad sus resultados. Se ha creído hasta el día que los muertos no existen sino por el recuerdo que de ellos conservamos y por la sagrada memoria que nos inspiran. Ese es un error capital de muchos ignorantes filósofos. Yo descubrí que ciertos muertos viven siempre; que su alma no desaparece como su cuerpo, sino que por el contrario se mezcla con el alma de los vivos, para aterrarla, para dirigirla, para guiarla, según sus propias tendencias, al bien ó al mal. Aquel joven oficial, á quien yo había asesinado, á quien había visto ensangrentado y muerto á mis pies, á quien había visto enterrar y cuya tumba yo mismo había tenido el valor de visitar, no había muerto, vivía en mí, visible, casi palpable, burlándose unas veces, increpándome otras, turbando continuamente mi inteligencia y combatiendo mis ideas con las suyas.

Un indecible terror me dominaba; sudores fríos de angustia humedecían mis sienes: todo el edificio científico que á fuerza de constantes estudios é ímprobo trabajo construía para mis discípulos, se desplomaba sobre mí, dejándome presa del vértigo, fascinado, sin fuerza y sin voluntad para rechazar aquel fantasma, que se evocaba á sí mismo dentro de mi alma. Ni aquello era una alucinación ni yo estaba loco: lo conocía en la lógica con que conducía mis razonamientos; tampoco estaba enfermo, ni presa por lo tanto de una excitación del sistema nervioso; yo no estaba más que *habitado* por aquel muerto y era su víctima. Todos los consejos que me daba eran perniciosos, y con ellos pretendía sustituir en mí á mi carácter dulce, tolerante y pacífico hasta el exceso el suyo violento, pendencioso, hábil en disculpar el mal y dispuesto á todo género de placeres y de vicios; sin duda había venido á refugiarse en mi alma, después de su muerte, para vengarse del asesinato que yo había casi inocentemente cometido en su cuerpo. Me decidí, pues, á luchar contra él sin descanso hasta conseguir una victoria tan completa que me pusiera en absoluta posesión de mi ser real y primitivo. Aquella lucha entre dos criaturas que no formaban más que una, entre dos almas que se confundían en un mismo ser, entre dos tendencias unidas que se contrariaban sin descanso, fué larga, encarnizada, llena de peripecias extrañas que cansaron mi valor, pero que no me anonadaron. Vencí, y desde aquel día el oficial vivió en paz dentro de mí, dejándome volver á la existencia estudiosa y tranquila, que fué siempre mi verdadera vocación.

He contado, demasiado minuciosamente quizás, aquella aventura y las consecuencias psicológicas que tuvo para mí; pero necesitaba explicar los curiosos fenómenos que en mí se desarrollaron, para que se pueda comprender cómo he podido yo, sin participación moral, cometer un crimen inexplicable.

¿Cómo me enamoré yo de Julia? De la manera más sencilla y natural. Viéndola tres ó cuatro veces en la escalera de mi casa. Sonriéndome ella, saludándola yo; hablando de la lluvia un día, de sus lindos ojos otro; de mi soledad una mañana, de mi cátedra una tarde. Su padre, que era el inquilino del piso principal, me ofreció su casa y yo la frecuenté, haciendo la tertulia nocturna al padre y á la hija; con el padre jugaba al dominó, á la hija la tenía alguna vez las madejas para devanar. No eran ricos, pero tampoco pobres. Poseían algunas haciendas en la Mancha y vivían con holgura. Yo me armé de valor, y un día, sin saber cómo, salió de mis labios mi confesión amorosa. Debí estar elocuentísimo; ello



DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS, estatua en bronce recientemente inaugurada en Gijón
Obra de D. Manuel Fuxá, fundida en los talleres de D. Federico Masriera y Compañía, de Barcelona

es que Julia se puso muy encarnada, que el padre me dió una palmadita en el hombro y que tres meses después estábamos casados. No diré nada de mi felicidad, porque no hay labios humanos que puedan, no solamente contarla, sino dar de ella la menor idea. Mi mujer era preciosa y yo la adoraba; la modesta dote que había aportado al matrimonio, la herencia de su padre, que murió á poco de nuestro casamiento, y mi sueldo de catedrático, unido á la renta de mis economías, nos daban una posición desahogada. Como nuestros gustos eran sencillos, con los veinticuatro mil reales de renta que reuníamos satisfacíamos con ahorros todas nuestras necesidades.

Ya he dicho que yo adoraba á mi mujer; pero no basta amar, es preciso saber amar, y esa es sin duda la más difícil de todas la ciencias. Yo la ignoraba por completo, y como todos los deseos de Julia eran sagrados para mí, me esforzaba en cumplirlos, dándome la alegría egoísta de agradar á la que yo idolatraba más que á nada ni á nadie en el mundo. En los primeros tiempos de nuestro matrimonio quise perfeccionar su educación, que respecto á las bellas letras y á la Historia era bastante incompleta; pero no pude conseguirlo. Cuando queriendo darla una idea de la hermosura de la lengua latina, trataba de hacerla comprender las bellezas del *procumbit humi bos*, de Virgilio, ó las dificultades del *devium scortum* de la oda de Horacio á Quintio Hirpino, movía la cabeza con una gracia peculiar suya, y devanando un ovillo con rapidez vertiginosa me preguntaba: «¿Cómo se dice *me cargas* en latín?» Yo me echaba á reir, la abrazaba y se concluía la lección. Algunas noches la leía la «Historia de los emperadores romanos,» y no sin sorpresa la veía preferir á estas obras serias y escritas en lenguaje correcto las noveluchas ridículas impregnadas en aquella época de desatinos románticos. De todo lo que precede y de los esfuerzos que yo hacía para agradar á mi Julia me han acusado de *débil*, y hasta han dicho que me dejaba pegar por mi mujer. Eso es una calumnia; yo quería que fuese feliz y me arreglaba para estar de acuerdo con ella; y ella no era ni exigente ni tiránica ni siquiera dominante. Tenía la sangre viva, era joven y un poco celosa, pero nada más. Cierto que me atarazaba á pellizos cuando yo miraba á otra mujer; y que de resultas de haber yo dado dos ó tres veces la mano á una amiga suya llamada Enriqueta, que nos visitaba á menudo, la cobró un odio mortal; pero eso era muy natural y no tenía nada de extraño.

Por cierto que la tal Enriqueta era una joven muy amable, rubia, blanca, tímida; y su marido era un buen hombre, bajito, calvo, gordiflón, empleado en el Ayuntamiento. Enriqueta y mi mujer se querían mucho *antes*, aunque no hubiese punto de semejanza entre ellas, pues tanto la una era dulce y tranquila, cuanto la otra era viva é impetuosa. Teniendo en cuenta el distinto color de sus cabellos y la diferencia más marcada de sus caracteres, yo las llamaba «el día y la noche.» Alguna vez quise hacer á mi Julia algunas observaciones sobre la manera un poco dura con que trataba á su amiga, pero mi mujer me respondió que yo defendía á Enriqueta porque le hacía la corte. ¡Qué atrocidad! Verdad es que yo tenía con ésta alguna de esas familiaridades sin importancia, como chillarla al oído cuando estaba distraída, taparla los ojos para preguntarla ¿quién soy?, cosas todas que no pasaban los límites de lo lícito. Pero mi mujer ponía el grito en los cielos y me zarandeaba de lo lindo. ¡Pobrecita! Siempre la sucedía lo mismo cuando se la contrariaba. Antes la daban ataques de nervios atroces. En fin, á pesar de mis loables explicaciones y de todas mis disculpas para destruir sus sospechas, que nada justificaban, veía á Enriqueta con disgusto. La había tomado *tirria*, como ella decía.

Una escena insignificante en apariencia, y que ejerció en mi vida influencia extraordinaria, vino á romper las amistosas relaciones con nuestros dos amigos. Era el tiempo de la feria, y hacía aquel año un otoño magnífico. Una tarde, habíamos ido los cuatro, mezclándonos con el *prophanus vulgus*, á ver todos los puestos de cachivaches y baratijas. Julia y Enriqueta, que iban elegantemente vestidas y que se habían hecho mil elogios mutuos, demasiado exagerados para ser sinceros, se detuvieron ante un puesto donde se exhibían juguetes, cintas, jabones y otras chucherías. Enriqueta cogió un collar de cuentas de ámbar transparente, que descansaba en una cajita sobre una capa de algodón en rama, y preguntó su importe. La pidieron tres ó cuatro duros, no recuerdo fijamente, y mi amigo trató de convencer á su esposa de que el precio era exorbitante y no debía pensar en comprar tal bagatela. Devolvió Enriqueta el collar entre dos suspiros, y continuamos el paseo, ella triste, su marido contrariado por no habérsele comprado, mi mujer diciendo con sonrisa irónica: «El ámbar no sienta bien á las rubias; tu marido ha dado un prueba de buen gusto no comprándote el collar.»

Con este motivo las dos amigas disputaron acaloradamente, Julia con su vivacidad habitual, y Enriqueta con una acritud que yo no la conocía y que probaba la humillación que había sufrido al no lograr de su marido aquel regalo. El pobre empleado del Ayuntamiento intervino en la discusión, y al llegar á la puerta de su casa y cuando nos despedíamos, dijo á su esposa:

– Vamos, caprichosilla, cálmate; mañana por la tarde volveremos juntos á comprar el collar de ámbar que te gustó.

Enriqueta dió un grito de alegría y abrazó á su marido en medio de la calle y en nuestras barbas.

Todo el resto de la noche Julia estuvo de muy mal humor.

– Esa Enriqueta, me dijo, es una coquetuela, á pesar de sus hipocresías, y su marido es un Juan Lanas, que no sabe mandar en su casa.

Yo me atreví á hacerla alguna tímida observación, y me acosté sin haber podido calmar su implacable agitación nerviosa.

Al día siguiente, cuando yo volví de mi cátedra universitaria, Julia no estaba en casa, pues entró á poco enseñándome, por vía de saludo, el collar de ámbar.

– ¡Ah! Amable, dulce y buena criatura, exclamé yo abrazándola, ¡qué bien sabes hacerte perdonar tus arrebatos! Vamos pronto á llevar á Enriqueta el collar, que te agradecerá doblemente, no sólo por ser obsequio tuyo, sino porque así la pides perdón de tus injusticias de anoche.

– Te equivocas, me contestó mi mujer desasiéndose de mis brazos; el collar me gustó ayer y por eso le he comprado y por eso le conservo. Además, le sentaría muy mal á Enriqueta que es rubia y sosa, y me sienta muy bien á mí que soy morena y tengo la fisonomía animada.

Se le sujetó á la garganta, y queriendo yo hacerla entrar en razón, me respondió con muy mal modo:

– Si no la hicieras el amor, no la defenderías siempre delante de mí: que se fastidie; y si se incomoda de veras, tanto mejor; que deje de visitarnos y todos ganaremos con su ausencia.

Por la noche nuestros amigos vinieron á visitarnos. Enriqueta con semblante triste, como de persona que ha sufrido una contrariedad; su marido, riéndose como siempre.

– La suerte nos ha obligado á ser económicos, á pesar nuestro, me dijo; el collar ya no estaba en el puesto y mi mujer se quedó sin él.

Yo me turbé al oirles, porque cuanto más había reflexionado sobre el asunto, tanto más había encontrado la conducta de Julia agresiva y desconsiderada.

Al levantar los ojos Enriqueta vió el collar, cuyas cuentas, alumbradas por la luz de la lámpara, brillaban como gotas de oro líquido en el cuello de Julia, y dando un grito que no pudo contener, exclamó:

– ¡Ah! ¿Eres tú quien le ha comprado?

– ¿Y por qué no le había de comprar? Mi marido no me niega nada nunca, y á Dios gracias, somos ricos para comprar lo que se nos antoje.

Comenzada en este tono la conversación, degeneró pronto en disputa, y mientras mi amigo y yo nos mirábamos sin hablar, las dos mujeres, rojas de ira, gritando á la vez se llenaban de improperios, hasta que Enriqueta, ahogada por las lágrimas, cogió del brazo á su marido y arrastrándole fuera de la habitación, sin despedirse de nosotros, le dijo:

DE MI PUEBLO, escultura de D. Miguel Blay
(Premiada en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)



TALLER DE TAPICES, cuadro al óleo de D. José Miralles Darmanin. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

– Salgamos de aquí y no volvamos á poner los pies en esta casa.

Presa de un dolor sincero al verles alejarse, porque aquella amistad era agradable para nosotros y no había razón para romperla, quise decir algo á Julia, pero ella fuera de sí me respondió:

– Si los quieres más que á mí, puedes irte con ellos, no seré yo quien te lo impida.

Se hubiera dicho que esta escena y la ruptura, que fué su resultado, habían despertado en Julia sentimientos de coquetería que yo no sospechaba en ella, á juzgar por lo que se esmeraba en adornarse y por su tenaz empeño en no quitarse nunca el collar de ámbar. Le limpiaba sin cesar, admiraba los rayos del sol á través de sus cuentas, le usaba algunos días como brazalete, y hasta saltó de alegría oyéndome decir que los antiguos creían ver en las cuentas de ámbar las lágrimas cristalizadas de las hermanas de Phaeton.

Una noche en que Julia jugaba con su collar, mientras yo leía, rompió el cordón, y todas las cuentas, despedidas violentamente, rodaron por el suelo: se buscaron, se recogieron una á una, y Julia me dió el encargo, reuniéndolas en una cajita, de ir al día siguiente á una platería para que me las engarzasen en un hilo que no pudiera romperse. No olvidaré nunca que al devolverme el platero el collar compuesto me dijo:

– He reemplazado el cordón roto por una cuerdecita de violín, que desafío á usted á que la rompa; tan sólida es, amigo mío, que podría usted estrangular á su mujer con ella.

Todavía me estremezco al recordar aquellas siniestras palabras, que no eran más que una chanza de mal gusto.

Muchas veces me esforcé en conseguir de Julia que visitara á Enriqueta y la pidiera perdón por lo pasado; pero me fué imposible vencer su resistencia. Por efecto de la exageración con que las mujeres juzgan hasta las cosas más sencillas, Julia se había llegado á convencer de que la falta había sido de Enriqueta por haberse querido apropiar un adorno que deseaba tener su amiga. Sensible me fué no ver más á mis amigos; pero era yo tan feliz en mi hogar doméstico, que acabé por olvidarlos, y no habría vuelto á verlos sin la horrible catástrofe que concluyó con mi dicha.

Julia cayó enferma, y su indisposición, que al principio parecía carecer de gravedad, tomó de repente tal incremento, que yo abandoné mi cátedra, me constituí en enfermero continuo y llamé á todos los médicos de la ciudad. No economicé gastos, ni sacrificios ni cuidados, pero todo fué en vano: la sentencia de muerte estaba dictada, y el destino tirano iba á cumplirla. Cada noche, á la débil claridad de la lámpara de nuestra alcoba, seguía yo con espanto las huellas que la enfermedad iba dejando en su hechicero rostro; sus dulces ojos se abrían desmesuradamente; se contraía y desfiguraba su linda boca, y sus manos adelgazadas y transparentes erraban maquinalmente sobre la sábana como buscando algo indeciso. ¡Ah! ¡Qué noches! ¡Qué horrible silencio el de aquellas interminables horas, interrumpido sólo por los quejidos de la moribunda, por los latidos de mi corazón y por la péndola del reloj antiguo de pared que había señalado todas mis horas de felicidad!

Julia conocía que sus horas estaban contadas y soportaba con valor sus sufrimientos para calmar mi dolor. Al oirla prorrumpía yo en sollozos, corrían mis lágrimas sobre su almohada, y la pobre mujer posaba sus manos frías sobre mi frente, como una caricia de nieve.

– Valor, me decía, no llores y conserva mi recuerdo.

De repente su razón se obscurecía y hablaba de unos pájaros grandes que la azotaban el rostro con sus alas negras. El acceso de dolor pasaba, y recobrando su serena resignación, me cogía una mano y se dormía mientras yo no dejaba un instante de mirarla.

Una vez se despertó repentinamente: era una de las horas solemnes que preceden á la última.

– Mira: prométeme, me dijo, que cuando todo haya concluído dejarás en mi garganta mi collar de ámbar, é impedirás á Enriqueta que vaya á robártele á mi sepultura.

Yo no sólo se lo prometí, ¡se lo juré mil veces!

– ¡Pero tú no morirás!, añadí.

– ¡Calla, tonto!, me contestó; piensa en tu juramento... no hables, déjame... estoy tranquila... mi alma sonríe... y yo no sufro ya...

¡Murió! No puedo decir lo que pasó por mí. Mis compasivos vecinos me arrancaron de su lado. En aquellos instantes en que mi alma caía en un abismo sin fondo, vi aparecer en mí al que la había habitado tanto tiempo: ¡al maldito oficial! ¡Oh, fantasma terrible!, ¿qué me quieres? ¿Por qué no me mataste en los días de mi juventud para no haber conocido la felicidad que ahora me quitan? Todos los que me rodeaban me creyeron loco. «El dolor le transtornó,» dijeron. Y me mojaban las sienes, me hacían aspirar vinagre y pronunciaban frases convencionales cuya vulgaridad exasperaba mi dolor en vez de calmarle.

Llegó la hora del entierro, y seguí á pie á los sepultureros, á pesar de todas las observaciones que me hicieron. «Eso no se acostumbra; no es conveniente; no hacen eso las personas bien acomodadas.» «¿A mí qué me importa? ¿Es que yo pertenezco á tal ó cual categoría en la sociedad?»

A pesar de todos los esfuerzos conjurados contra mí, yo iba donde mi corazón me llevaba; con la cabeza descubierta, aniquilado, sacudido por mi dolor, como un árbol por la tempestad, sosteníanme mis amigos, y yo los miraba absorto sollozando y buscando en sus miradas conmiseración por mi infortunio, que por ser tan grande me parecía digno de conmover á toda la humanidad.

Cuando en el cementerio oí caer la última espuerta de tierra sobre el féretro y escuché de los labios del sacerdote el último *Requiescat in pace*, me sentí de repente iluminado por una luz interior que invadía todo mi ser, y allá en el rincón obscuro de mi corazón despedazado vi surgir, semejante á un ángel resplandeciente... á Julia... á aquella dulce compañera de quien lloraba la muerte y cuyos despojos había acompañado á la última morada.

– Aquí estoy, me dijo, con una sonrisa que hacía más interesante su intensa palidez; heme aquí contigo... para ti... y para siempre...

Yo me levanté gritando:

– ¡Vive!... ¡Vive!... ¡Mi mujer no ha muerto!

Todo el mundo me rodeó, el sacerdote volvió al hoyo relleno de tierra...

– ¿Dónde?, me decían, ¿habéis oído algún ruido en el féretro?

– ¡La he visto! ¡la he visto!, respondí, levantando al cielo mis ojos agradecidos.

– Pero ¿dónde?, me preguntaron de nuevo.

– Aquí... en mi corazón, respondía yo golpeándome el pecho.

– ¡Pobre hombre!, dijeron por fin los testigos de aquella escena fúnebre, mirándose unos á otros y alzando sus hombros en señal de compasiva indiferencia. ¡Está loco!



SANTA ISABEL, REINA DE HUNGRÍA, CURANDO Á LOS LEPROSOS, cuadro de Murillo

(Existente en la Real Academia de San Fernando de Madrid.)



LA MUERTE DE LA MONJA, dibujo á la pluma de D. Antonio Fabrés

No; yo no estaba loco, ni lo he estado nunca, ni lo estoy aún. ¿Por qué culpar y calumniar á mi razón si yo experimento fenómenos desconocidos á la mayor parte de los hombres?

Cuando me trajeron desmayado á mi casa y me dejaron solo, al volver en mí, recorrí mi cuarto como si buscara al huésped querido que le había abandonado y toqué con una especie de recogimiento religioso todos los objetos que habían pertenecido á Julia, que se sonreía en mi corazón, mirándome con lástima. Corrían las lágrimas por mis mejillas. ¡Qué tristeza en derredor mío! Los jilgueros permanecían mudos en un rincón de su jaula; las plantas que nadie habíase cuidado de regar durante los últimos crueles días, dejaban caer sus flores marchitas; la habitación que parecía haberse agrandado, estaba llena de un silencio espantoso; alguna cosa nueva había entrado en ella... la soledad que por tantos años habíamos arrojado de allí con nuestra dicha.

Continuando mi lúgubre inspección, reuní todos los objetos femeninos por allí diseminados; el dedal, las agujas, la labor que la muerte había interrumpido. Acababa de coger su libro de misa, cuando alzando los ojos sobre la cómoda vi... el *collar de ámbar*. ¡Miserable de mí! Presa del dolor que me había afligido desde la muerte de Julia, había olvidado su última recomendación, y las vecinas que la habían amortajado creyeron acertar quitando de su garganta aquel adorno con que quería ser enterrada. ¿Qué hacer? Por más que torturaba mi imaginación, no encontraba medio de reparar aquel lamentable olvido que me hacía no cumplir el deber sagrado de una moribunda. Miré á Julia: su rostro severo me entristecía.

– Yo te juro que te conservaré siempre como un sagrado depósito, la dije estrechando el collar contra mi pecho.

Julia movió su cabeza tristemente y se echó á llorar.

Yo reuní bajo un fanal el *bouquet* que había llevado á la iglesia el día de nuestra boda, la corona de azahar, añadí á estos objetos el collar de ámbar y deposité aquellas reliquias en mi mesa de escritorio, enfrente de mí para tenerlas siempre ante mis ojos.

Se creerá que reunido indisolublemente, por decirlo así, dentro de mi corazón con la que yo amaba, y que muerta para el mundo entero, vivía sólo para mí, era yo dichoso. Se engaña quien lo crea. Yo era el más infortunado de los hombres. Por no alejarme de los sitios donde había vivido con Julia y poder contemplar continuamente los muchos testigos de mi perdida ventura, conservé nuestra casa, que era para mí como un templo. ¡Debilidad humana! ¡Allí fué, sin embargo, donde cometí el crimen, mi verdadero crimen, el de haber hecho traición á mis queridos recuerdos, más digno aún de castigo que el accidente fatal que fué su consecuencia!

Transcurrí un año en esta pena constante, que se exacerbaba á menudo convirtiéndose en dolor agudo. Para todos los que me conocían yo no era más que un pobre hombre víctima de una desgracia, á la que el tiempo debía traer su infalible remedio; pero para mí, que sabía de mis dolores todo lo que no quería decir, yo era un miserable, tanto más digno de lástima, cuanto que la presencia interior de Julia me hacía más insoportable su ausencia real. Una tarde que al anochecer paseaba mi hipocondría por las orillas del Henares, me encontré de manos á boca con mi antiguo amigo el marido de Enriqueta. Se acercó á mí, me estrechó entre sus brazos compartió mis sollozos y me consoló diciéndome:

– Ven á vernos; todas nuestras quejas antiguas están olvidadas: Enriqueta ha llorado á su amiga; me habla de ti sin cesar, y en nuestra casa encontrarás el consuelo de una amistad que no debió romperse nunca.

Hacía tanto tiempo que yo amontonaba mis lágrimas en mi pecho, sin la menor expansión, que seguí á mi amigo inconscientemente, no sin notar que Julia parecía contenta por reconciliarse en mí y por mí con la amiga á quien había ofendido en vida injustamente. Enriqueta me recibió con cariñoso afecto; la encontré poco cambiada, un poco más gruesa quizá, pero siempre bonita y conservando en sus ojos aquella mirada bondadosa y dulce, que era su mayor encanto. No necesito decir que toda mi larga visita se empleó en hablar de Julia.

– Ya sabe usted, me dijo Enriqueta, que yo estoy casi siempre sola. Esteban pasa el día en el Ayuntamiento y la tarde en el café; venga usted algunas veces á hacerme compañía; hablaremos de Julia, y por lo menos no vivirá usted como un oso, encerrado en su pena y en su soledad.

Aquella visita, que disminuyó el peso que me oprimía, lejos de disgustar á Julia pareció serle agradable. En efecto, cuando me quedé á solas con mi querida aparición, la interrogué y no vi en ella ninguna señal de cólera; sonreía dulcemente cuando la hice el elogio de Enriqueta, y aprobaba mi conducta, animándome á buscar en aquella intimidad, no el olvido, sino un lenitivo á mi dolor. Todos aquellos mezquinos celos que la habían separado de su amiga parecían haber desaparecido; y por la primera vez, después de un año, pude dormir con el corazón menos oprimido.

Todas las noches, en lugar de encerrarme en mi casa ó de pasear solo por las calles, fuí desde entonces á pasar una hora con Esteban y su mujer.

Luis Mariano de Larra

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Catedral de León. – Estatua de Nuestra Señora la Blanca, de la portada principal. – Nuestra Señora del Foro y oferta de la Regla. – Hablando de este precioso monumento del arte cristiano español, que muchos han considerado más acabado y elegante que la tan justamente celebrada catedral de Milán, dice un escritor ilustre y de indiscutible autoridad en punto á historia y antigüedades arquitectónicas de nuestra patria, D. José M.ª Quadrado: «Al desembocar por la angosta calle de la Victoria en la vasta plaza de la catedral, ofrécese á los ojos el más gentil espectáculo que pudo combinar el arte y crear la fantasía. Descubierto por el frente y por el flanco, dominado por las agujas de crestería de dos altas y robustas torres, erizado de pináculos y botareles de varias formas, reforzado por contrafuertes y arbotantes, ceñido de andenes y calados antepechos, perforados de arriba abajo sus muros por dos órdenes de ventanas ojivales, presentando triple portada al Occidente y triple portada al Mediodía, cuajadas de primorosas esculturas, tiéndese cuan largo es y elévase á su mayor altura el grandioso monumento, permitiendo abarcar en una sola mirada su incomparable armonía.»

Tal es, considerada en conjunto, la catedral de León, de donde son los dos fragmentos que reproducimos. De éstos el primero representa la hermosa imagen conocida con el nombre de Nuestra Señora la Blanca, que está arrimada al poste que corta en dos el portal del centro del precioso pórtico, ingreso principal de la iglesia. Esta bellísima escultura, objeto de gran veneración por parte de los leoneses, se encuentra encerrada entre cristales y ostenta á su lado una inscripción recordando las indulgencias desde 1456 concedidas á los que la invocaren. El otro es uno de los muchos detalles valiosos del claustro, y representa á Nuestra Señora del Foro ó de *la Regla:* el relieve, que simboliza la vida monástica en que vivió aquel cabildo desde el siglo once al doce, por medio de la figura de un canónigo ofreciendo la catedral al niño Jesús, está colocado en una hornacina á la izquierda de la entrada, y hasta hace muy poco tiempo todos los años acudía la ciudad en procesión á deponer su ofrenda ante la imagen de la Virgen el día 17 de agosto en conmemoración de la batalla de Clavijo.

* * *

Monumento elevado en Avignón, conmemorativo de la anexión del condado del Venaissin á Francia en 1791, obra del escultor M. Charpentier. – Para conmemorar el centenario de este suceso importantísimo de la historia francesa se ha inaugurado recientemente en Avignón el monumento que reproducimos y que es obra del notable escultor M. Charpentier.

El monumento, cuya altura es de doce metros, está coronado por la estatua de la Francia, que con el brazo izquierdo sostiene el asta de la bandera tricolor, cuyos pliegues se confunden con los del amplio ropaje, mientras el derecho aparece tendido en ademán de paz y protección. Alrededor del pilar donde se levanta esta figura se colocarán (pues la obra no está enteramente terminada) varios grupos en uno de los cuales, el único concluído, se ve á una joven agitando con una mano una rama de laurel y con la otra presentando á la nueva patria á su hijo, que su esposo sostiene entre sus brazos.

El conjunto de este monumento es armonioso y elegante y en todo él se revela el talento del escultor que obtuvo el premio de honor en el Salón de París de 1890.

* * *

D. Gaspar Melchor de Jovellanos, estatua en bronce de D. Manuel Fuxá, fundida en los talleres de D. Federico Masriera y Compañía, de Barcelona. – La industriosa villa de Gijón hizo patente el día 6 del actual su inmensa gratitud hacia el más ilustre de sus hijos, al descubrir la estatua que ha levantado para honrar la memoria del insigne don Gaspar Melchor de Jovellanos.

A tan solemne acto asocióse España, puesto que no se trata de un hombre á quien Gijón debe beneficios, sino de una gloria nacional, de un insigne patricio, de un español ilustre, que por sus virtudes, por su talento, por sus acciones y por sus escritos se hizo acreedor á eterna gratitud.

Solemne fué el acto de descubrir la estatua, al que concurrió en representación de S. M. la reina el Conde de Revillagigedo y las autoridades, así como un representante de la familia del ilustre prócer.

La estatua que corona el monumento erigido á aquel patricio insigne, ha sido modelada por el escultor D. Manuel Fuxá, previo concurso en el que obtuvo el primer premio, debiendo considerarse como una de las mejores obras que ha producido este distinguido artista, ya que ha sabido interpretar con notable acierto el carácter del personaje. Jovellanos viste la toga del magistrado y sostiene en su mano izquierda el famoso «Informe sobre la ley agraria,» siendo de notar su naturalidad y la nobleza de su actitud, así como el modelado en todas sus partes, que producen un conjunto grandioso y admirable. De doble dimensión del natural, ha sido fundida en los talleres de D. Federico Masriera y Compañía, de Barcelona, notable establecimiento, en el que al visitar la sección de fundición, tan completa y perfectamente organizada como las de cerrajería artística, muebles suntuarios, etc., etc., hemos tenido ocasión de admirar otros trabajos en bronce, ejecutados en modelos de excelente carácter escultórico, de Nobas, Venancio y Agapito Vallmitjana, Reynés, Llimona, Montserrat, etc.

Réstanos agregar que actualmente se están preparando los moldes de la estatua ecuestre del héroe de los Castillejos, obra del escultor Sr. Puiggener, que debe erigirse en una de las plazas de Reus.

* * *

De mi pueblo, escultura de D. Miguel Blay (premiada por la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Discípulo del Sr. Berga, profesor de la Academia de Bellas Artes de Olot, representa ya este joven artista una grata esperanza para la escultura española. Pensionado en París por la Excma. Diputación Provincial de Gerona, ha logrado demostrar sus aptitudes y dar muestras de su inteligencia y habilidad. La Exposición general de Bellas Artes de Barcelona significa un doble triunfo para Miguel Blay, ya que las dos obras que ha expuesto, la que reproducimos y la titulada *Remordimiento*, han sido adquiridas para figurar en Museos: la primera por el Excmo. Ayuntamiento, la segunda por la Excelentísima Diputación provincial. Ambas reproducciones acusan el mérito del escultor, las dos demuestran su genialidad. Felicitámosle sinceramente y no titubeamos en augurarle lisongero porvenir.

* * *

Taller de tapices, cuadro al óleo de D. José Mirralles Darmanin (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – José Miralles Darmanin es uno de esos artistas valencianos que, continuadores de la buena escuela, tan alto han logrado poner el buen nombre y las tradiciones artísticas de su patria. Residente en Orgerus (Francia) desde hace algunos años, adonde le llevó el deseo de estudiar las corrientes que informan la pintura moderna, ha sabido armonizar perfectamente la nueva escuela con el especialísimo colorido de la tradicional escuela española. De ahí que en sus cuadros de género se observe, además de la elegancia en las líneas, esa sobria á la par que vigorosa entonación que evoca el recuerdo de las obras maestras de Velázquez, de cuyo estudio ha recogido Miralles provechosas enseñanzas. Su *Taller de tapices* es una obra notabilísima, especialmente por el colorido, digna de figurar, conforme figurará, en el Museo municipal de Bellas Artes de Barcelona, ya que con tal objeto ha sido adquirida por el Excmo. Ayuntamiento.

* * *

Santa Isabel de Hungría curando á los leprosos, cuadro de Murillo (existente en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando). – Este es uno de los cuadros del inmortal pintor sevillano que tienen más accidentada historia. Pintado en la época en que Murillo se ostentaba en la plenitud de su portentoso genio, fué adorno valiosísimo de uno de los templos de Sevilla hasta que en la época de la invasión napoleónica en España fué robado por los franceses y llevado á París por orden del emperador, junto con otras preciadas joyas del mismo artista, entre ellas los célebres *Medios puntos* que representan la leyenda del *Milagro del caballero romano*. Del Louvre, donde fué colocado como precioso botín de guerra, volvió al cabo de algún tiempo á España para formar parte del museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, á la que actualmente lo reclama con insistencia, y dispuesta á llevar la cuestión á los tribunales, la cofradía sevillana, que se cree con derechos indiscutibles sobre el tan codiciado lienzo.

A la verdad, compréndese que este cuadro despierte tales ambiciones y tales reclamaciones origine, pues contemplándolo se ve que si sólo por ser de Murillo merece el dictado de obra maestra, el mérito que esto supone sube de punto cuando con razón puede calificarse el *Santa Isabel* de una de las mejores creaciones del artista incomparable.

* * *

La muerte de la monja, dibujo á la pluma de D. Antonio Fabrés. – Todos cuantos elogios, y á fe que no son pocos, hemos prodigado á nuestro asiduo y distinguido colaborador, resultan deficientes tratándose de esta obra sorprendente, que es, en nuestro concepto, la mejor creación producida por su autor en este género, que como poquísimos ha llegado á dominar. Los calificativos más encomiásticos, las frases más laudatorias parecen pálidas alabanzas cuando se aplican á una obra como la que hoy reproducimos del Sr. Fabrés. Mírese ésta como se quiera, examínela el más lego en materia artística, analícela el más exigente en achaques de arte con el propósito de descubrir en ella algún defecto, un pequeño desliz; en último resultado el aficionado, el crítico, el artista habrán de rendirse ante esa revelación del genio y de proclamar que *La muerte de la monja* es un portento de sentimiento y de ejecución, en el que la pluma ha obrado maravillas hasta el punto de hacer olvidar la ausencia del colorido. En su conjunto impresiona profundamente: imposible hallar mejor expresión á esa muerte sin sufrimiento, que apenas deja huella en los que, no ya con resignación, con ansia esperan el feliz momento de abandonar la tierra y tender el vuelo hacia el Dios de sus purísimos amores; imposible componer con el color una palidez de las carnaciones tan exacta como la que el Sr. Fabrés sólo con blanco y negro ha conseguido. En cuanto á los detalles del dibujo, mejor es abandonar la tarea de llamar la atención sobre ellos: ¿quién es capaz de enumerar la infinidad de bellezas que la mano y el genio del artista han prodigado en esta obra? Cualquiera las ve y las siente, pero nadie osará precisarlas, y si alguien á tal se aventura á buen seguro que más que las señaladas serían las involuntariamente por él omitidas.

La muerte de la monja obtuvo un triunfo en la Exposición Internacional de Munich de 1890, en donde el cuadro no fué colgado en la pared, sino colocado por excepción honrosa en un caballete en el centro de un salón, y si no obtuvo la mayor recompensa que en esas exposiciones anuales se concede, fué porque el reglamento no permite otorgar más que una sola medalla de oro á un artista y Fabrés la había ya conquistado en un anterior certamen.

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)



Gilberto se inclinó, y dejando correr sus lágrimas estampó un prolongado beso en la frente de su amigo

Cuando Blanca se presentó, precipitóse en los brazos de su esposo, y hubo una escena desgarradora. Pedro abrazó repetidas veces á Guy y Juana, mandó después que se los llevasen, y quedaron solos Gilberto, la vizcondesa y él.

El enfermo había cogido la mano de su esposa.

– Blanca, dijo, debes perdonarme... ¡Cuánto te he hecho sufrir!... Pláceme que Gilberto esté aquí, porque es nuestro mejor amigo y sabe cuál ha sido mi proceder, mi mala conducta... Si hubiese vivido más tiempo, tal vez habría yo reparado todo esto. Ahora escúchame atenta: de todos nuestros bienes apenas nos queda nada, pero es indispensable que nuestros hijos vivan... No me inquieto por Guy, pues irá á Saint-Cyr ó entrará en el servicio, y siguiendo la carrera de las armas no necesita fortuna... ¡Y que no pida el retiro, como yo, que no renuncie á su empleo! Si fuera preciso, tú se lo impedirás... En cuanto á Juana, se le formará un humilde dote con lo que nos queda, y sin duda encontrará algún hombre honrado... Educa á los dos bajo la idea de que están destinados á una posición modesta, y así podrán ser felices... más que nosotros... ¿Me lo prometes?...

Blanca, arrodillada é inundando con sus lágrimas la mano de Pedro, no podía contestar.

– En cuanto á ti, Gilberto, te ocuparás de ellos, ¿verdad?... también te los confío... os los confío á los dos... Siempre te quise mucho, aunque tal vez no te lo haya manifestado bastante... Tú eres el único verdadero amigo que jamás tuve, y acaso aquel con quien menos he hablado; pero no me has de guardar por ello rencor... Comprendía que tu alma estaba muy por encima de la mía, y sin manifestártelo te admiraba y apreciaba en lo que vales... Blanca lo sabe, porque se lo he dicho muy á menudo... Cuando Guy se vaya haciendo hombre le hablarás de mí, diciéndole lo que éramos uno para otro y que al seguir tus consejos cumplirá con mi propia voluntad... ¡Dios mío, yo hubiera querido sin embargo verle más crecido, y me separo de él cuando apenas cuenta cinco años... cuando tan poco me conoce!...

Pedro se entregó otra vez á sus tristes pensamientos, como si el esfuerzo que acababa de hacer para expresar su voluntad hubiese sido el último de que era capaz. Desde aquel instante sus ideas se confundieron; repetía las mismas frases, las mismas palabras... y fué preciso conducir á la vizcondesa á su habitación para que no presenciara aquel espectáculo.

Por la noche sobrevino el delirio, y entonces ya no reconoció á nadie; algunos criados le velaron; durante aquellas largas horas saltó algunas veces del lecho; quería salir, marcharse, y suplicaba con voz doliente que se lo permitieran. Costó mucho contenerle; pero al amanecer tranquilizóse un poco y se adormeció.

El cura de Mareuil, á quien se había llamado á toda prisa, llegó con los santos óleos, y al punto se llenó de gente la habitación de Pedro. ¿Tendría éste conciencia de lo que pasaba? Sus contestaciones á las preguntas que le hacía el abate Souchón eran confusas, como murmuradas entre sueños. «¿Me reconoce usted?... He rogado á Dios por su alma...» decía con voz robusta el cura, que parecía disgustado porque no se le había avisado antes y que vaciló algún tiempo antes de dar principio á la ceremonia. Al fin se decidió á ello en vista de la afirmación de la señora de Chalieu, que aseguraba que el enfermo conservaba todo su conocimiento.

Pedro, trastornado por el ruido que se producía en su habitación, acababa de incorporarse á medias, y apoyado en el borde del lecho, con la mirada fija en la ventana, parecía contemplar tristemente la luz pálida del nuevo día, aquella aurora que no volvería á ver más, con el pensamiento sumido en las profundidades ilimitadas del ensueño. Todo su cuerpo se estremecía ligeramente de continuo, y en sus mandíbulas producíase un movimiento convulsivo mientras que le aplicaban las unciones: los presentes respondían en alta voz á las preces del sacerdote. De pronto el enfermo hizo un brusco esfuerzo como para escapar del lecho; pero la condesa de Chalieu, que estaba junto á él, apoyóle una mano en el hombro y sujetóle con fuerza. Al fin terminó la ceremonia y el abate re retiró.

Algunas horas después comenzó el estertor, que se oía en todo el castillo; y era cosa terrible ver cómo aquella vida tenaz, aquel cuerpo robusto y lleno de juventud luchaba bajo las garras de la muerte. Blanca no presenció aquella espantosa y última lucha, pues la guardaban en su habitación, donde las señoras hacían lo posible para consolarla.

Al declinar el día, Gilberto se encargó de los niños, de los que ya no podía ocuparse la señorita de Sainte-Severe, pues érale preciso permanecer junto á la marquesa, que hacía algunos días, presa del mayor abatimiento, no salía de su cuarto.

Gilberto cogió de la mano á Juana y á Guy y condújolos al fondo del jardín. Aquellos dos huérfanos, que adoptaba ya con el pensamiento, inspirábanle sincero cariño... Sí; cuidaría de Guy para hacer de él un hombre, según el deseo de su padre... Y Juana... ¡Qué encantadora era aquella niña, cuyas gracias infantiles había admirado antes en la madre!... También podría contar con él; todo cuanto él tenía sería de ellos. Y los niños y Blanca y él no formarían más que una familia.

Juana y Guy, impresionados por la tristeza general, habían estado al principio quietos; pero con la inmovilidad propia de sus años, acabaron por sacudir aquel malestar, y ahora corrían y jugaban, olvidando el drama que tan cerca de ellos se desarrollaba.

De vez en cuando Gilberto, haciendo un ademán paternal, aplicábase un dedo á la boca y señalábales el castillo para que moderasen sus juegos. Los niños, comprendiendo al punto, se callaban, y Gilberto entregábase de nuevo á sus reflexiones, con los ojos fijos en la inmensa fachada, que tan cambiada le parecía. El edificio señorial no tenía ya aquel aspecto de orgullosa alegría que observó en él en otro tiempo al divisarle con Pedro desde la cumbre de las inmediatas colinas: las miserias que ahora encerraba, aquella muerte, aquellas lágrimas, aquellos padecimientos, parecían contristar su exterior, y á Gilberto agradábale que simpatizara con su propio pesar.

Cuando entró en el castillo, al ponerse el sol, reinaba un silencio profundo, espantoso, en el vestíbulo y los corredores. Dejó á los niños para que se los llevaran á su madre y se dirigió á la habitación del vizconde.

Dos bujías ardían junto al lecho en una mesa con tapete blanco, á cada lado de un crucifijo y de una pila de agua bendita con una rama de boj. Pedro estaba inmóvil, extendido bajo las sábanas, con la cabeza echada hacia atrás sobre la almohada, notándose en su rostro esa palidez sin reflejo, esa serenidad que sólo la muerte comunica.



... cogiéndole cada cual de una mano, le condujeron adonde estaba su madre

Todo había concluído; ya no padecía ni se agitaba, él, que tanto se había agitado durante su vida y que aun en sus últimos días proyectaba tan hermosos



El cura de Mareuil, á quien se había llamado á toda prisa, llegó con los santos óleos

planes. Habíase lanzado en el mundo con el vivo deseo de apurar todos sus goces, creyendo que todo sería inagotable, salud, fortuna y actividad, los dones que había recibido al nacer; mas ahora deteníase en medio de su carrera, herido de muerte y después de haber derrochado su patrimonio... Gilberto se inclinó, y dejando correr sus lágrimas estampó un prolongado beso en la frente de su amigo.

Cuando salió de aquella estancia, dejando al difunto sólo con las mujeres encargadas de velarle, parecióle que se abría un gran vacío á su alrededor, cual si todos los que habitaban en Mareuil, sus huéspedes ordinarios, se alejaran de él y huyesen al sentirle aproximarse. El profundo silencio aumentaba aquella sensación de aislamiento; hubiérase dicho que la muerte de Pedro acababa de romper algún misterioso lazo, el débil vínculo que le unía á una sociedad de que no formaba parte... Cuando vagaba por los desiertos corredores encontró á la señorita de Sainte-Severe, quien le hizo una seña para que entrase en la habitación de la marquesa.

La anciana estaba sentada en un gran sillón y tenía en la mano un pañuelo humedecido con sus lágrimas.

–¡Qué desgracia!, exclamó, ¡qué desgracia, señor Maujeán!

Y mirábale con su habitual expresión resignada y angustiosa; mientras Gilberto, sin poder hablar, sollozaba amargamente. La anciana le cogió de la mano.

–Sí, dijo la marquesa, usted le quería mucho... ¡Tiene usted tan buen corazón!...

La noche había cerrado del todo cuando Gilberto se retiró. Para volver á su cuarto debía pasar por delante del aposento de la vizcondesa; la puerta estaba entornada, y un rayo de luz, filtrándose á través de la abertura, cortaba las tinieblas del corredor. Gilberto oyó lamentos sofocados en el interior de la estancia.

Al ruido de sus pasos entreabrióse la puerta un poco más, y vió á los niños Guy y Juana, que se adelantaron silenciosamente hacia él como impelidos por un movimiento instintivo y que sin pronunciar palabra, cogiéndole cada cual de una mano, le condujeron adonde estaba su madre.

Blanca estaba sola; apoyados los codos en su mesita de escribir, ocultaba en parte su rostro; pero vió á Gilberto, levantóse, y sin cuidarse de la presencia de los niños, que lloraban de nuevo, precipitóse en sus brazos y apoyó la cabeza en el pecho de Gilberto sollozando angustiosamente. Maujeán, señalando á Guy y Juana, dijo á Blanca que era preciso vivir para sus hijos, á quienes se debía, y para los que la amaban...

–¡Sí, usted!..., balbució en su aturdimiento. ¡Sí, para usted, para usted!...

Y seguía abrazada á Gilberto en medio de los espasmos que la estremecían, como si fuese su único apoyo en aquella hora de tristeza. Al tenerla así entre sus brazos, Gilberto experimentó una extraña sensación de doloroso placer y de profundo pesar; compadecíala verdaderamente al verla tan desdichada, contando sólo con su apoyo, abandonándose y uniéndose á él para siempre...

De pronto oyóse ruido, separáronse al punto, y como vieran que se acercaba la señorita de Sainte-Severe, Gilberto se retiró.

Un momento después salía del castillo sin dirección fija, y bajando á la primera terraza, dejóse caer en un asiento con que tropezó en la obscuridad. Allí, oculto entre las tinieblas y con la cabeza entre las manos, entregábase á una fúnebre meditación y concentraba sus pensamientos, adoptando resoluciones para el porvenir... Al día siguiente de celebrarse las últimas ceremonias partiría de Mareuil... Iría á establecerse en Chatillón, pues ya no le era dado permanecer más tiempo en el castillo; pero no estaría lejos de Blanca...

De repente parecióle oir murmullo de voces más arriba del sitio donde estaba: eran la señora de Chalieu y sus amigas, que habían ido á sentarse en la terraza.

–¿Y qué será de esa pobre Blanca?, preguntó de pronto la baronesa de Tertre?

Después de un minuto de silencio, oyóse la voz de la señora de Chalieu, que contestaba:

–¡Bah! Se casará con el conde de Bagrassand. Es lo mejor que puede hacer...

IX

Gilberto había realizado su proyecto instalándose en Chatillón, á la entrada de la ciudad, en una casita con jardín que él solo ocupaba. Algunos árboles ocultaban en parte la fachada del edificio: allí, escondido tras la discreta sombra, sin recibir visita alguna ni tener más distracción que las pocas personas que por allí pasaban, vivía Gilberto muy tranquilo, pero acosado por la fiebre del que espera.

En efecto, nada podía resolverse entre la vizcondesa y él antes de que transcurriera el año de luto.

¡Pero qué importaba el tiempo! Su felicidad estaba asegurada ya, puesto que descansaba en su confianza en la vizcondesa. Esta confianza era tan absoluta, que cierto incidente ocurrido á los pocos días de la muerte de Pedro, incidente que habría debido chocarle después de las palabras que de boca de la señora de Chalieu había oído, pasó casi inadvertido para él.

Tratábase de las formalidades necesarias respecto á la menor edad de los hijos, y habíase pensado para el cargo de tutor en el hermano de Pedro, el conde Juan de Cabrol. Este, á quien se había escrito en el momento en que la catástrofe era inminente, no llegó á tiempo más que para presidir el cortejo fúnebre, y con este motivo se renovó la intimidad entre las dos familias; pero cuando se le propuso la tutoría, rehusó el cargo, pretextando su alejamiento y la escasa probabilidad de volver pronto á Francia. Tal vez creyó que relaciones demasiado frecuentes le crearan obligaciones respecto á su cuñada y sobrinos; por otra parte, en la sucesión había mucho embrollo, y aquel diplomático no quería intervenir sino en asuntos bien despejados. A falta de Juan de Cabrol, se pensó en Bagrassand, que era el más próximo pariente de Guy y de Juana, y el conde aceptó.

Blanca, por su parte, vivía en Mareuil muy retirada en el aislamiento y el silencio que le imponían las conveniencias sociales; respetándolas también Gilberto no la visitaba sino de vez en cuando, y aun así nunca la encontraba sola. Cuando no estaba allí la anciana marquesa, la señorita de Sainte-Severe no faltaba para tomar parte en la conversación.

Indudablemente, Blanca temía una conferencia á solas, y Gilberto, comprendiéndolo así, excusaba el sentimiento que la inducía á proceder de este modo. En la situación en que se hallaban, en efecto ¿qué hubieran podido decirse que no les hubiera inclinado á estrecharse en cariñoso abrazo si llegaban á estar solos? Seguros de sí mismos, mejor era esperar, no precipitar nada, respetar las tiranías de la costumbre, esa obligación moral que prohibe manifestar alegría demasiado pronto después del duelo y buscar la felicidad en una muerte. De este modo, el mundo y su propia conciencia no tendrían nada que censurarles.

Por otra parte, aunque Blanca no confesase lo que sentía, su actitud le hacía traición. Cuando Gilberto llegaba, apresurábase á dispensarle la más favorable acogida, y después de sentarse no separaba de él la vista un momento. Examinaba cada vez con atenta curiosidad todos los detalles de su persona, como si no le conociese aún, y parecía juzgarle, estudiarle de nuevo, felicitarse de su elección é impregnarse de su imagen para el tiempo que no le viera.

Es probable que hasta entonces no se hubiese ocupado apenas del personaje físico, fijándose solamente en el hombre intelectual y moral. En esto último era en lo que Gilberto destacaba del medio en que Blanca vivía, y sin duda esta era también la razón que la indujo á no hacer caso de Gilberto al principio. Más tarde, acostumbrándose demasiado á verle, quedó prendada de él, y día por día el amor deslizó un velo sobre sus ojos para que no vieran con tanta claridad. Este velo embellecía tal vez al señor de Maujeán; mas ahora que vivían separados, y que la muerte de Pedro, trastornando su corazón, había si no modificado en el fondo por lo menos desviado los deberes, convirtiendo en simpatía lícita y natural una inclinación hasta entonces culpable, ya no era así. Con sus hermosos ojos de viuda podía fijar en Gilberto y en la existencia que se renovaba para ella una mirada más lúcida y más penetrante, descartando de ella prestigios ilusorios y prevenciones favorables ó no.

Sentado Gilberto delante de Blanca, ésta le veía tal como era, en una actitud de modestia y de plácida humildad, en que se revelaban el perfecto conoci-



Cuando Gilberto se levantaba para despedirse...

miento de las condescendencias debidas á los demás, de su propio mérito y de lo que á él mismo se le debía. Todo cuanto Blanca trataba de representarse en su ausencia, cuando á veces su meditación llegaba hasta él, y siempre que se proponía precisar un detalle ó una particularidad, recordábalo al punto, persuadiéndose de ello después con viva satisfacción... ¡Ah! Sí, tenía la mano blanca, pequeña y bien hecha, los dedos afilados... y esta mano comunicaba gracia y algo de artístico á cuanto decía, aunque fuese muy sobrio de ademanes... Y las facciones no eran comunes; la nariz trazaba una curva aguileña sobre una boca fina, cuyos labios describían graciosas sinuosidades sobre una barba algo pequeña y sin marcado carácter. Las mejillas, de color sano, estaban á veces un poco pálidas, como las de aquellos que durante largas horas se inclinan sobre los libros, y en los párpados notábase un ligero tinte rojizo, efecto de fatigosas vigilias. De sus ojos azules parecía emanar una irradiación límpida é intensa, como si tomase su llama de un foco siempre abundante, y al fijarse su mirada en los seres ó en los objetos hubiérase dicho que lo escudriñaba todo hasta en sus más recónditos repliegues: nada hubiera podido pasar inadvertido para ella. La línea de la frente, graciosa y recta, perdíase en las sienes, algo desnudas, en las cuales no se veían más que algunos ligeros cabellos rubios, semejantes por su finura á los rizos de un niño. El pensamiento y la reflexión habían impreso allí su noble sello, no sin dejar la huella de los estragos que ocasionan. La estatura no pasaba de regular, y sin embargo parecía más alto por la esbeltez de todo el cuerpo y por la anchura del busto, bien asentado sobre las caderas y que se erguía sin ostentación, así como la cabeza sin altivez ni aire pedantesco. El pecho y los hombros caracterizábanse por su perfecto desarrollo. En este conjunto debía hallarse algo de la estructura del padre Maujeán; pero con un aspecto de fuerza y robustez que tenía algo de distinguido, sobre todo si se reflexionaba que aquel vigor se había empleado en trabajos mentales, permitiendo tal vez profundizarlos más que otros hombres. Adivinábase que en todas partes, en todos los lugares, en toda sociedad, hubiera podido dominar é imponerse. Manteníase obscuro por efecto de su buena educación, persuadido de que todo el secreto de las costumbres corteses y de la dulzura de las relaciones está en el olvido de sí propio, para no eclipsar el mérito de los demás, dejando á los más moderados y más discretos la oportunidad de darse á conocer. Cuando Gilberto se levantaba para despedirse, Blanca permanecía sentada un minuto, contemplando silenciosamente su traje correcto, sin afectación, del cual no parecía ocuparse, su conjunto elegante y lleno de atractivo, el encanto particular que comunicaban á Gilberto aquella mezcla de gravedad juvenil y de madurez intelectual y también su expresión alegre, en la que aún quedaba algo del niño. Al observar todo esto, Blanca no se cansaba de admirar y acaso también se interrogaba.

La vizcondesa, sin notarlo seguramente, era á su vez objeto del atento examen de Maujeán, para quien tenía un atractivo más la tristeza de su situación y su traje de luto. Observábase en ella la graciosa sonrisa de las viudas que aún están destinadas á figurar en el mundo, una sonrisa discreta, velada, aún impregnada de lágrimas, pero llena de esperanzas. Su belleza resaltaba más ahora en medio del cuadro sombrío que la rodeaba. ¡Con qué lánguida gracia se destacaban sus lindas manos de las largas mangas bien ajustadas á la muñeca! ¡Qué bien contrastaban su graciosa cabeza y rostro pálido con el esbelto y ajustado cuerpo, que marcaba la perfecta forma del talle, y con el cuello alto, que mantenía levantada su barba!

Gilberto pensaba en la hora feliz en que desaparecería aquel vestido negro, aquella librea de la desgracia; en el día en que, luciendo las vistosas galas de otras veces, la conduciría del brazo. En fin, hasta en las frases sin importancia que entre ellos se cruzaban había palabras de doble sentido, de secreta inteligencia, que agitaban suavemente su corazón. Y cuando al salir le acompañaba hasta la puerta, la presión de su mano, familiar y prolongada, decía claramente: ¡Cuando llegue el momento, cuente usted conmigo!...

Así se pasó el invierno y una parte de la primavera: el fin del luto se aproximaba.

Sin embargo, Gilberto veía rara vez á la vizcondesa, si bien recibía á menudo noticias de ella. Frente á la casa que él habitaba, á la entrada del arrabal, hallábase precisamente la posada en que se cambiaba el tiro de caballos de la marquesa cuando los criados debían ir á Chatillón para hacer compras ó desempeñar diversas comisiones. De pie, detrás de los cristales, Gilberto veía á la doncella, al lacayo y algunas veces á la señorita de Sainte-Severe dirigirse á la ciudad y volver algunas horas después con las manos cargadas de paquetes.

Entonces salía, y mientras se enganchaban los caballos cruzaba algunas palabras con todos aquellos á quienes conocía.

Ya se comprenderá que cuando la señorita de Sainte-Severe estaba allí, á ella era á quien con preferencia dirigía la palabra. La institutriz no tenía al parecer ningún temor de comprometerse con él y prolongaba como por gusto la conversación, paseando por el camino de un lado á otro. Al fin acabó por introducirse en el jardín, y una vez allí, dando la vuelta por los caminales, dirigía la mirada al interior de la casa, al piso bajo, á la ventana entreabierta y al despacho de Gilberto, donde se veían sus libros sobre una mesa. Era la habitación donde solía estar siempre, la única que quiso adornar con algún cuidado, poniendo un diván y algunas colgaduras.

Como la institutriz estaba en relaciones diarias con la vizcondesa, de ella era de quien Gilberto podía obtener los detalles que más le interesaban; y la señorita de Sainte-Severe adivinaba que esto era lo único á que debía las atenciones de Maujeán. He aquí por qué cada vez que le veía adelantarse hacia ella costábale un poco reprimir la expresión de ironía y resentimiento de su sonrisa. Poco á poco, sin embargo, acostumbróse á ello y no se privó del placer de alarmar la ternura de Gilberto, sugiriéndole dudas sobre la seguridad en que su corazón se adormecía.

Insensiblemente, y sin que se hubieran necesitado declaraciones, acabaron por hablar de la vizcondesa, dándose por entendidos uno y otro, como de un hecho que no exige explicaciones, sobre la situación de Gilberto respecto á Blanca. Esta situación parecía tan bien determinada para él, que consideraba muy natural que no fuese un misterio para nadie y que sus palabras aludiesen á ella. No hubiera podido decir cómo comenzó la cosa y no reflexionaba sobre lo que podía tener de anormal. La señorita de Sainte-Severe debió prestarse ella misma á este papel de confidente dando los primeros pasos; y Gilberto que en la soledad en que vivía no tenía sino esta ocasión de hablar de aquella en quien se fijaban todos sus pensamientos, no rechazó tan útil servicio, tanto más, cuanto que siempre conservaba la impresión de que la señorita Albania ejercía un cargo subalterno. A causa de esto no pensaba sin duda en la humillación á que la sometía, mezclándola así de una manera secundaria en sus asuntos de amor. Sin embargo, es probable que la señorita de Sainte-Severe se diera cuenta de tal humillación y que si disimulaba el pesar y la vergüenza que le causaba era porque tenía esperanzas de obtener alguna ventaja para sí propia.



... mientras la señorita de Sainte-Severe y Gilberto paseaban por el camino central

Cierto día, á principios del verano y como el cochero tardase en llegar, la conversación se prolongó más que de ordinario; Guy y Juana, á quienes se había llevado á Chatillón, se cogieron del brazo de su buen amigo apenas le vieron, y después comenzaron á correr por el jardín, saltando sobre las plantas y persiguiéndose entre los árboles, mientras la señorita de Sainte-Severe y Gilberto paseaban por el camino central.

—¿Por qué no ha venido ella también?, preguntó Gilberto. Puesto que los niños venían, habría podido acompañarlos... Ha transcurrido ya tiempo desde la muerte de Pedro; el año de luto toca á su fin y esa reclusión no puede durar siempre.

La señorita de Sainte-Severe reflexionó un momento, dejando vagar en sus labios una sonrisa que le inquietó

—Verdad es que ha pasado tiempo... repuso la joven. Tal vez ahora Chatillón le inspire á la vizcondesa algún temor...

La institutriz se detuvo para mirar á su interlocutor.

—¡Temor!... repuso Gilberto. ¿Y por qué?

Sin contestar á la pregunta, la señorita de Sainte-Severe siguió andando.

—En rigor, replicó después de una pausa, no podemos decir que no salga... Muy lejos de ello, salimos mucho desde que ha vuelto el buen tiempo. Vamos todos los días á la «estación del descanso» y allí pasamos la tarde... La llegada de las señoras de Chalieu y de Preville no ha bastado para interrumpir nuestras excursiones.

—¡Ah! ¿Ya están de vuelta esas damas?

—¡Vaya! Hace ya un mes... y la señora de Tertre también. ¿Cómo había de faltar? Y á propósito, señor Maujeán, no sé si debo confesarle una cosa...

—¿Cuál?



Y se les vió pasear largo rato solos por las alamedas

– Que usted ha desmerecido mucho en el aprecio de esas damas; y quiero advertirle que ya no tiene más defensor que la marquesa, la cual se declara valerosamente en favor de usted... Sin embargo, ha envejecido; ya no sale de su habitación, y al ver cómo defiende á su amigo, se inclinan algunos á creer que la edad... No obstante, yo que la cuido sé muy bien lo contrario; pero es curioso ver cómo la señora de Chalieu se da golpecitos en la frente cuando se trata de la anciana.

– ¿Y en qué he podido desmerecer?, preguntó Gilberto.

– ¿En qué?... No faltan razones, y por lo pronto tiene usted el defecto de ser un poco demasiado franco, señor Maujeán. Se ha perjudicado usted mucho en los últimos momentos del vizconde... ¿Qué necesidad había de contrariar el celo piadoso de esas damas?... Ahora ya no reparan en tratar á usted de hombre irreligioso y de librepensador, sobre todo delante de la vizcondesa.

– ¿Y qué dice la señora de Cabrol?

– No dice nada. ¿Qué quiere usted que diga? No es posible defender á un hombre sin religión. ¡Ah! Mejor hubiera sido callarse... Lo mismo que cuando habló usted de su padre, del hombre campesino de la Fonfreyde. ¿Por qué hizo usted mención de él?... Ahora les divierte mucho el asunto, y no se habla de otra cosa. Sin duda es hermoso no tener que avergonzarse de su nacimiento, pero se han de prever las consecuencias. En cuanto á mí, ya conoce usted mis ideas; eso no disminuye en nada el concepto que de usted tengo, mas para esas señoras... No pueden hablar del señor Gilberto sin referirse á su buen abuelo; esto les hace reir, y acabarán por confundirle á usted con él... Sí; creen verle con el cuerpo encorvado, la chaqueta de campesino y cavando la tierra en La Fonfreyde.

A pesar suyo, Gilberto se resintió, y dijo algo vivamente:

– Dudo que la señora de Cabrol se divierta con estas pequeñeces.

– Pues bien: en eso se engaña usted, porque la vizcondesa se ríe también.

Y añadió con expresión inocente:

– Diríase en verdad que esas señoras tienen algún interés en ponerle á usted en ridículo...

Siguióse una pausa, y después de dar algunos pasos, la institutriz prosiguió:

– Por lo demás, si ya no es usted el favorito de esas damas, por lo menos le han encontrado un sustituto.

– ¿Quién es?

– ¿No lo adivina usted?... ¡El conde de Bagrassand!

– ¡Ah! ¿Visita el castillo?

– ¡Cómo que si le visita!... ¿No es acaso tutor de los niños? Ha tomado muy en serio el cumplimiento de sus deberes... Ha ido durante todo el invierno con la mayor regularidad, una vez á la semana y á hora fija... Es un hombre metódico, algo frío superficialmente; pero esto parece constituir parte de su distinción, aunque nada se puede asegurar de su interior. Desde que esas señoras están en el castillo multiplica sus visitas, y para él son ahora hasta las más insignificantes atenciones, para él las alabanzas como las que se tributaban á usted en otro tiempo. Un hombre que tiene tantos millones y tan gallarda presencia siempre es bien recibido en todas partes, como ya comprenderá usted. En cuanto al conde, parece estar muy á gusto en Mareuil, adonde va muy á menudo y de donde no sale sin sentimiento... Y bien, señor de Maujeán, ¿cómo es que no me pregunta usted ahora, según su costumbre, qué dice de ello la señora de Cabrol?

– Sí, repuso Gilberto. ¿Qué piensa sobre este particular?

– No lo sé; su confianza en mí no llega á tal punto, aunque me trate algo como amiga; pero en cuanto me es permitido suponer, paréceme que no le desagrada que le hagan la corte. Sí, la corte... pues por ella va el conde á Mareuil y la vizcondesa no abriga de ello la menor duda. ¡Oh! Una corte muy digna, muy conveniente, sin lirismo ni afecciones novelescas; en fin, una corte de buen tono... Sin embargo, hace ocho días... preciso es que lo sepa usted todo, puesto que estas cosas le interesan, al parecer... sí, hace ocho días, y precisamente en aquel en que terminaba el luto de la vizcondesa, los dos se emanciparon... Y se les vió pasear largo rato solos por las alamedas. Si al cabo de todo esto resultara una boda, no debería extrañarse. Son personas de la misma sociedad... y ya comprenderá usted la importancia de esta palabra, señor Maujeán, sabiendo que hay una clase superior, que se elige y que cuenta sus individuos, como usted me dijo... El conde y la vizcondesa pertenecen á la misma sociedad, son parientes, un poco primos, según creo, y viudos los dos... Ese casamiento no cambiará la posición de la señora de Cabrol desde el punto de vista social, primera ventaja... y además, bajo el concepto material mejorará su estado, realzándola singularmente. Usted no ignora cómo están los asuntos de la casa. Yo creo que el vizconde ha dejado más deudas que bienes... ¡Reflexione usted lo que sería para la señora de Cabrol casarse con un hombre diez ó doce veces millonario! ¿Es posible resistir á semejante fortuna?... Por lo pronto se evitaría la venta de Mareuil, que usted admira tanto. ¡Vamos, preciso es convenir en que sería lástima, y por parte de la vizcondesa una locura!...

Gilberto la interrumpió con tono brusco y de despecho.

– ¿Le ha encargado á usted la señora de Cabrol, replicó, que me diga todo eso?

– No, caballero, la vizcondesa no me encarga de tales comisiones.

Gilberto se arrepintió de aquel impulso de colera.

– Ruego á usted que me dispense, señorita, repuso; no era mi ánimo ofenderla, y muy por el contrario, debo dar gracias...

Y añadió, como hablando consigo mismo:

– Solamente me pregunto si la señora de Cabrol sabe que estoy al corriente de todo cuanto pasa en Mareuil...

La señorita de Sainte-Severe se había dulcificado, y observaba que un horrible padecimiento contraía las facciones de Maujeán.

– ¡Dios mio!, exclamó. La vizcondesa no ignora que yo le veo á usted cuando vengo aquí, y debe suponer que me interesa. Por otra parte, hace ya algún tiempo que no se oculta del conde, y aunque yo no le doy cuenta de nuestras conversaciones bien debe suponer de qué hablamos en ellas...

Aun después de éstas explicaciones, notábase cuán violenta era la situación en que Gilberto y la institutriz se encontraban y de la que oportunamente vino á sacarles el cochero avisando que el coche estaba dispuesto.

La señorita de Sainte-Severe llamó á los niños, pero antes de alejarse dirigió una última mirada hacia el despacho de Gilberto. Hubiérase dicho que deseaba hacerle olvidar la triste impresión producida por lo que habían hablado y distraerle de sus pensamientos.

– ¿Adelanta mucho su obra, señor Maujeán?, preguntó.

Gilberto hizo un esfuerzo para interrumpir sus reflexiones.

– No, señorita, contestó; carezco de documentos y necesitaría ir á Roma.

La señorita de Sainte-Severe le miró con cierto aire compasivo.

– Pues bien, repuso, ¿qué quiere usted?... Es preciso aceptar lo que no puede evitarse. Si necesita usted ir á Roma, vaya... ¡Es un viaje que yo también quisiera hacer, pues mis excursiones más largas se han reducido á ir hasta la «estación del descanso»...

Mientras se dirigían al coche, la institutriz habló otra vez de sus paseos cotidianos á dicha estación, cual si hubiera querido grabar esta palabra en la mente de Gilberto.

(Continuará)



LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

CÓDIGO CIVIL ESPAÑOL, *por D. León Bonel y Sánchez.* – Se ha publicado el tomo cuarto de esta obra importantísima que con tanto éxito publica el dignísimo magistrado de esta Audiencia. Comprende el libro IV del Código, que se ocupa de los contratos y obligaciones, y en esta como en todas las anteriores secciones demuestra el Sr. Bonel, sus vastos conocimientos de la legislación general y de las leyes forales y extranjeras, y en sus notabilísimos comentarios acredítase de jurisconsulto peritísimo y de conocedor profundo de la ciencia jurídica, así en su parte filosófica como en la práctica.

Con este tomo termina la obra del Sr. Bonel que, como en otras ocasiones hemos dicho, es indispensable á todos los que con la administración de justicia tienen alguna relación y que constituye un monumento jurídico, honra de nuestra patria y de la magistratura española.

MEMORIA QUE LA SECRETARÍA DE ESTADO EN EL DESPACHO DE FOMENTO PRESENTA Á LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DE LA REPÚBLICA DE GUATEMALA EN SUS SESIONES ORDINARIAS DE 1891. – Coleccionados en un voluminoso tomo ha publicado el referido centro oficial de la república de Guatemala interesantísimos datos sobre acuerdos gubernativos, contratos, obras públicas, correos, telégrafos, vapores, ferrocarriles, agricultura, industria y comercio, etc., etc., correspondientes al período mediado desde 1.º de marzo de 1890 á 28 de febrero de 1891.

EL DRAMA UNIVERSAL, *por D. Ramón de Campoamor.* – Formando parte de la *Biblioteca selecta* que publica D. Pascual Aguilar en Valencia, hemos recibido esta bellísima obra del gran poeta de las *Doloras*, cuyo mejor elogio lo constituyen las numerosísimas ediciones que de ella se han hecho, agotadas apenas han salido á luz. Los dos tomitos de que consta se venden al precio de dos reales cada uno en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

CHATEAUBRIAND. BIOGRAFÍA Y ESTUDIO CRÍTICO, *por E. Zola.* – La *Biblioteca de extranjeros ilustres* que publica en Madrid la casa editorial de Sáenz de Jubera hermanos, se ha enriquecido con la biografía del ilustre autor de *Los mártires*, escrita, como las anteriores, por Emilio Zola, es uno de los libros más interesantes salidos de la pluma del gran novelista francés.

Véndese este tomo, que es el octavo de la serie, en las principales librerías á una peseta el ejemplar.

MIS MUJERES. NOTAS ÍNTIMAS, *por S. Gomila. Ilustraciones de Carrasco.* – El conocido editor de esta ciudad D. Inocente López acaba de publicar una colección de interesantes narraciones del celebrado escritor Sr. Gomila, que se leen con verdadero gusto, así por el fondo de enseñanza que todas ellas entrañan como por la correcta y galana forma en que están escritas.

El libro, que lleva bonitas ilustraciones de Carrasco, se vende en casa del editor, Rambla del Centro, 20, y en las principales librerías, al precio de 2 pesetas.



CATEDRAL DE LEÓN. NUESTRA SEÑORA DEL FORO Y OFERTA DE REGLA, EN EL CLAUSTRO

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN